

occhio
Monica Zwaig
foglio
bocca
FORMICA
BERRETTO
La
inter
lengua
GELATO
pizza
ragazzi
fuoco
TRENO
blatt & ríos
frutta

La interlengua

Monica Zwaig

blatt & ríos

Índice

1.

Empecé a estudiar italiano. Me tocó un curso donde todos trabajan para sobrevivir, no van al teatro, algunos vienen de provincia en tren para tomar la clase. Son un grupo de gente real y casi todos quieren sacar la ciudadanía italiana para irse del país. También están un decorador de interiores que trabaja sus telas de almohadones con altos-costureros de Milán, una jugadora de básquet de la selección nacional contratada para jugar en Italia y una médica de terapia intensiva. El profesor es un tipo joven, extremadamente feo y simpático. Se presentó como bilingüe y binacional y escribió una máxima en la pizarra al arrancar la clase: humildad. Insistió mucho en que nos íbamos a equivocar todo el tiempo, porque aprender un idioma es inevitablemente errar.

En la primera clase nos hizo dividir en grupos según el color de la ropa interior que teníamos puesta ese día. Los de ropa blanca, beige o gris fueron de un lado; los de negro, azul o violeta, fueron del otro. En el medio quedamos los de ropa de color. O sea que quedamos escrachados un chico y yo. Aprender un idioma es muy parecido a quedarse en ropa interior frente a desconocidos. El chico escrachado conmigo me contó que tenía calzoncillos verdes y yo le dije que mi bombacha era roja. A partir de ahí, nos tocó como ejercicio buscar las letras de *Che bella idea* de un tal Fred Bongusto. Esta canción habla de una mujer que invita a cenar a un hombre a su casa, se lo quiere levantar pero el tipo no entiende o se hace el que no entiende. No me quedó muy claro cómo termina porque me puse a pensar en otra cosa. Me acordé de todas las veces que busqué las letras de una canción argentina sola en mi casa a las dos de la mañana. Tuve insomnios tratando de entender a Los Redondos o a Spinetta. Pero esa época ya pasó. Ahora, cuando no entiendo, no sufro más.

Cuando llegué a Buenos Aires hace diez años, no me inscribí a ningún curso para aprender el castellano. Varias veces lo quise hacer pero la gente de mi entorno me decía que no lo necesitaba, que iba a aprender de a poco y rápido, gracias a la inmersión en la cultura argentina. El tema no era económico. Tenía diez mil euros que me había pagado la ONU por la traducción de un manual sobre la elaboración de índices de pobreza. Era una traducción del inglés al francés. Siempre sobreviví económicamente a costa de que, en algún lugar del mundo, haya gente que la pase peor que yo. En este caso, en África. Diez años después, ese manual debe estar tirado en el piso de una escuela quemada por tribus rebeldes del Congo, que antes de matar a todos los niños violaron a todas las maestras, y yo sigo en Argentina.

La gente de mi entorno pensaba que yo iba a aprender rápido el castellano y no me iba a costar tanto porque no era un idioma totalmente extranjero para mí. Era una lengua que había escuchado en la niñez, cuando mis padres discutían todavía en el mismo idioma en el que se habían enamorado. Por eso, cuando llegué ya conocía las palabras "plata", "boluda", "hijo de puta", "macana", "terapia" y "trabajo". Además, recordaba palabras de mi madre que nunca había logrado traducir al francés, como camiseta, milanesa, empanada, repasador y cheto o cheta. Y conocía palabras que ella usaba en su idioma personal pero que yo siempre pensé que eran en castellano y cuando llegué a Argentina me di cuenta que no. Por dar un ejemplo, nadie me entendía cuando decía que me sentía *muchi muchi*, expresión que usábamos en mi casa para hablar de la melancolía de la vida, cuando te agarra aunque no sea domingo.

Ahora que lo pienso, la única vez que tuve plata y tiempo al mismo tiempo, vine a Argentina. Es más, vine a Argentina a encontrarle un sentido a la vida. Puede sonar ridículo. Pero en esa época yo no era humilde. No me refiero a no poder cometer errores. Me refiero a que pensaba que la vida era algo grande y que había que estar a la altura. Por eso me puse desafíos absurdos, como el de querer ser como todo el mundo en un país que no es el mío. Creo que confundí sentido de la vida con sentido de las palabras y viví el aprendizaje del castellano como una cuestión de vida o muerte. Al final, el

baño de inmersión en la cultura argentina resultó ser un baño de inmersión en el idioma que escuchaba detrás de las puertas en mi infancia, esa época terrible en la que uno no sabe defenderse y no necesita coger.

Elaboré dos estrategias de supervivencia: primero, aceptar que soy muda en grupo, y segundo, avisar que soy extranjera y por eso cometo errores.

Soy muda en grupo –a veces me sorprendo hablando normalmente– porque mi cerebro procesa mucha información a la vez. Mientras entiendo lo que pasa, pienso en lo que quiero decir y cuando me animo a abrir la boca ya pasamos a otro tema. Además, a veces no tengo nada para decir porque me falta información. No tengo nada para decir sobre el Gauchito Gil, la provincia de San Juan, la mejor heladería argentina en los noventa, los barrios cerrados, el tren Urquiza, Haedo, Chascomús, las fiestas de quince o los viajes de egresados, y ya hace muchos años que no tengo domingos en familia como para tener algo digno de ser contado los lunes en el trabajo.

Segundo, aviso que soy extranjera porque una noche en un bar me agradecieron por eso, me dijeron: qué bueno que seas extranjera, pensé que eras tarada. Igual, trato cada vez más de no avisar. Pero cuando el profesor bilingüe y binacional nos dijo de presentarnos, lo mencioné al pasar. No generó ningún escándalo y me sentí con todo el derecho a equivocarme en castellano. Fue antes del juego de la ropa interior. Es normal que no entienda el italiano pero no sé si es normal que no entienda el castellano. Lo de los errores, a mí no me molesta cometerlos, yo dejé París.

Cuando dije que era francesa el profesor presupuso que conocía Italia, me preguntó a qué parte de ese hermoso país había ido. Pero no conozco Italia. Nunca fui a Grecia, ni a Turquía, ni a Marruecos. Y tampoco viajé al Sudeste asiático, a Rusia, Australia o a Islandia. A mí no me sirvió de nada nacer en Europa. Los lugares exóticos a los que viajaron mis amigos argentinos para su luna de miel o para olvidarse de un amante caprichoso los vi en la tele nomás. Entonces, le pedí perdón al profe por no conocer su país. Tercera estrategia de supervivencia: pedir perdón incluso cuando no tenés la culpa.

En la primera clase tuvimos que hablar en italiano, por

más que no supiéramos ninguna palabra. Parecía una clase de teatro con alumnos tímidos. O nos callábamos o nos quedábamos a mitad de camino y pasábamos al castellano. El profesor trató de transformarnos. Dijo que para aprender un idioma había que ser caradura, que eso se dice *faccia tosta* en italiano. Lo escribió en la pizarra. Anoté en mi cuaderno esa expresión.

Algunos alumnos mostraron tener también un potencial de caradurez bastante alto. Por ejemplo, Antonio, un empleado administrativo de unos cincuenta y pico, que grita en vez de hablar, hace caer sus cosas en el piso e interrumpe a cada rato al profesor para pedirle que repita lo que acaba de decir. Sobre la situación de la canción de Fred Bongusto, Antonio dijo: es obvio que si una mujer te invita a su casa, quiere que pase algo más. Como lo dijo en tono de risa, nadie salió a profundizar ni a contradecirlo; yo tampoco. Estaba demasiado ocupada tratando de contener una emoción que me surgía de no sé bien dónde, que me llevaba a sonreír sola como si me anunciaran que se venía el armisticio después de una larga guerra. Pero no era más que la sonrisa del engaño, la misma que uno hace después de pasar por la aduana con droga, la que no borra los delitos pero suspende el tiempo. Me despertó de este estado *levitatorio* el próximo ejercicio: hacer un listado de todas las palabras italianas que ya conocíamos. Todos escribimos "pizza", "pasta", "pesto". Yo sumé "fernet" y "campari". Antonio, que conocía bien Italia, sumó vespa, gelato y voluto. No me acuerdo de los demás. Después aprendimos a contar hasta diez y el alfabeto.

El profesor nos explicó que en italiano existe el concepto de *raddoppiamento*, que implica doblar las consonantes y así se alargan las palabras. No es solo escrito, las dos consonantes mellizas se tienen que pronunciar. Por ejemplo, en las palabras que fueron *raddoppiadas* se pronuncian las dos "dd" o las dos "tt" o las dos "pp" o las dos "nn". Así, las palabras "*nono*" y "*nonno*" significan dos cosas distintas. El *nono* es el noveno y el *nonno* es el abuelo. No hay que confundirse porque no es lo mismo vivir en el noveno que vivir arriba de un abuelo. Eso nos dijo el profe. El desdoblamiento de las consonantes lo tenemos también en francés pero es mucho menos frecuente que en italiano. En ese sentido, el castellano

me había aliviado mucho: no se desdobla nada, no hay que perder tiempo en la duda. Solo me tengo que bancar mi propio desdoblamiento por el cambio de idioma.

Antes de irnos, el profesor escribió la palabra “interlengua” en la pizarra.

—Ustedes están en esa etapa ahora. Son niños que están aprendiendo a hablar y escribir. Un niño no sabe lo que es una mesa, escucha mil veces esa palabra hasta que un día la entiende. Esto es la interlengua. Es este periodo de no entender, de no tener las palabras para nombrar los sentimientos y las cosas. No se asusten, bánquensela.

Fue para mí una revelación. Había una palabra para nombrar todos estos años de aprendizaje del castellano también. No era solo una sensación mía, era algo comprobado. Cuando uno aprende un idioma nuevo es un idiota sin defensa por mucho tiempo.

El profesor siguió alentándonos a su manera.

—Recuerden por qué quieren estudiar italiano: ¿es para reconectar con los orígenes?, ¿porque tienen un abuelo o una bisabuela italiana?, ¿porque tienen amigos italianos y quieren comunicarse con ellos? Escriban en su cuaderno el nombre de una persona italiana cercana a ustedes; si ya se murió, no importa. Si se desmotivan pídanle a esa persona que les dé la fuerza para continuar.

Como no reaccionamos, insistió.

—¡Ya! Agarren sus cuadernos. Escriban el nombre de esa persona en la última página y un objetivo con el idioma hasta fin de año.

Todos nos miramos un poco desconcertados pero abrimos nuestro cuaderno. Como no tengo parientes italianos escribí el nombre de un ex noviecito de ese país, que conocí en Argentina. Me encantaban sus rulos y sus errores con el idioma. Muchas veces no nos entendíamos pero lo dejábamos pasar porque nuestra incomunicación no era un problema de pareja, era un tema lingüístico principalmente ligado a la difícil traducción de la ironía. Cuando hacía preguntas estúpidas o desubicadas, se lo perdonaba todo, porque era una forma de perdonarme mis propios errores. No lo tomé a mal cuando la primera noche que salimos me preguntó si yo era gauchita, porque le acababan de enseñar esa palabra y no

sabía usarla. O a lo mejor sabía usarla y se hacía el tonto. Estuvimos más de un año juntos y nos separamos porque él quería volver a Italia, cerca de su madre. En un momento fantaseamos con vivir juntos en París, pero lo dejé plantado. Escribí su nombre en mi cuaderno y no escribí ningún objetivo. La clase terminó ahí y me fui para nuestra casa con Mario.

En el camino recordé la primera vez que escuché la palabra "chongo", un viernes a la noche cuando acepté la invitación de unos colegas de ir a tomar cervezas después del trabajo. Hacía unos meses nomás que estaba en este país. Esa noche, estaba sentada en un sillón de tres plazas en un bar y mi colega de la izquierda apoyaba mucho su pierna sobre la mía, cuando la chica a la derecha preguntó en voz alta:

—¿Ya tenés chongo?

—No sé. ¿A lo mejor sí? Depende a qué le decís chongo.

—No sé cómo explicar eso —dijo la chica.

El chico a la izquierda tomó la palabra para explicarme que un chongo es una persona contra quien frotarse y siguió frotando su pierna contra la mía. Los demás parecían de acuerdo con esa definición. Después me fui enterando de que se podía tener varios chongos diferentes en la misma semana y a veces el mismo día.

Técnicamente Mario y yo ya no somos más eso; hace varios años que salimos e incluso convivimos. Pero desafiamos el diccionario argentino y nos mantenemos en esa categoría. Un poco es porque a mí me encantan las palabras que empiezan con "ch", como chocha, chacho, chichón, chimento, chusmear, chancho, chabón, chirusa, chan chan. Otro poco porque estamos asustados. Yo, sobre todo. Me da miedo quedar atada a Argentina. Si sucede, sucede, pero si lo pienso, me hundo en la neurosis de la desarraigada.

La primera clase de italiano me generó insomnio. Me levanté y le mandé un mensaje a mi ex noviecito italiano. Algo simple, por Instagram: estoy aprendiendo italiano en el CUI, el centro de idiomas de la UBA. Después volví a acostarme al lado de Mario. Lo miré dormir un tiempo largo hasta que se me apareció la palabra "*raddoppiamiento*" como un tubo fluorescente en el baño de un bar. Me pregunté si las historias se pueden alargar como las palabras en italiano.

2.

Dos horas antes de la segunda clase de italiano recibimos por Whatsapp un audio del profesor. Decía que no iba a poder darnos clases ese día porque se tenía que quedar a cenar en el colegio donde trabaja. Había una kermesse organizada por los padres de los niños de la primaria. Dijo tres veces que habían cocinado empanadas caseras y que por eso se tenía que quedar. En su lugar iba a venir Chiara, una nativa de verdad que nos iba a acompañar en ese camino cruel del aprendizaje. Insistió que era solo por ese día y pidió que le prestemos mucha atención a la pronunciación de Chiara, que era un lujo tenerla porque salen muy caros los nativos.

Antonio se puso contento cuando vio entrar a la nativa con su juventud y sus tetas. Enseguida le preguntó si podía añadirla a Facebook. Ella contestó que sí como quien acepta sin ganas un volante en la calle. Después Antonio se justificó y dijo que iba a viajar el año que viene a Italia y por las dudas le venía bien tener contactos allá. Chiara tenía rulos castaños, cara de buena y estaba vestida con un pantalón negro y una camisa azul. Tenía zapatos de invierno negros clásicos pero europeos. Se presentó muy poco, solo contó de dónde era. Venía de la misma ciudad que mi ex noviecito pero no me atreví a preguntarle si alguna vez se lo había cruzado o si conocía a su actual mujer. ¿Tal vez eran vecinos? ¿Tal vez su hermana era la enfermera que había asistido en el nacimiento de su hijo? Nunca voy a saberlo. El mundo es muy caprichoso cuando se trata de definir si es chico o grande.

Chiara era más convencional que nuestro profesor titular pero tenía sus locuras. La primera de ellas era su forma de hablar: como si estuviese borracha, pero no por la incoherencia, sino por la lentitud con la que hacía los movimientos. No era la lentitud del Rivotril, era más bien como otra escala rítmica, como si hubiesen cambiado las

negras por las blancas en toda la partitura. No nos podíamos quejar, para nosotros era la gloria. Entendíamos perfectamente que lo hacía para que pudiéramos seguirla, pero parecía tan tonta, y nosotros también. Esta clase no fue más que un rebote de miradas bobas en paredes amarillas con techos altos.

Además Chiara parecía buena. Es lo peor que le puede pasar a un extranjero y a un profesor y ella era las dos cosas. Nosotros nos aprovechamos de su bondad y esta vez nos quedamos más tiempo en la cafetería durante la pausa del recreo. Algunos se quedaron en el aula, más o menos la mitad del grupo. Por lo que pude ver son los adictos al celular, que ni bien empieza la pausa, lo agarran y no levantan más la cabeza. El resto bajamos a la cafetería, los que somos adictos al café. Faltan muchos cambios genéticos para que la libertad sea lo que motive a los seres humanos y no las adicciones. Nos sentamos Antonio, la médica de terapia intensiva, el chico de calzones verdes, un chico peruano, una chica de Tandil, una arquitecta y yo alrededor de la misma mesa y empezamos a hacer lo que hacen todos los seres humanos cuando no saben de qué hablar: criticar a los demás. Los demás eran tanto Chiara como nuestro profesor. En realidad lo que hicimos fue comparar. La mayoría festejó el reemplazo y yo no salí a defender a nadie. Después empezó la ronda de preguntas invasivas para aprender a conocernos:

—¿Vos de qué trabajas? ¿De dónde venís? ¿Cuántos años tenés?

Así me enteré que la chica de Tandil era médica. Se llamaba Luciana y había venido a trabajar a Buenos Aires hacía dos años. Parecía de cuarenta y cinco pero tenía solo treinta y cuatro. La veía mucho más grande que yo, más seria y responsable, pero era tres años más joven. Decía que extrañaba su ciudad y eso también me hizo sentir mal. Porque ella estaba a cuatro horas de su casa y yo estoy a mil dólares siempre. Teníamos un punto en común: ella también se aburría en su trabajo. Por eso tenía ganas de irse a Italia. Yo no soy médica y menos uróloga pero entiendo muy bien el hastío.

La terapista se llamaba Yanina y trabajaba en un hospital público. Ella sí tenía mi edad y parecía mucho más joven y

menos responsable de lo que inspiraba su oficio. Tal vez era porque tenía zapatillas Converse y no usaba maquillaje. Ella no hablaba mal de su trabajo. Había llegado ahí por casualidad y no era tan difícil porque no tenía mucho contacto con los pacientes, que siempre llegaban casi muertos. Lo decía con tanta naturalidad que me daba envidia su distancia con las tragedias y los accidentes. Agregó que sus abuelos eran italianos y que ella tenía ganas de ir a probar suerte allá.

En cuanto al chico con el que había compartido la vergüenza de tener ropa interior de color en la primera clase, era de Rosario y había venido a Buenos Aires por trabajo hacía un par de años. Contó que también estudiaba ruso. Se atajó de que no era solo judío, que tenía también una familia de origen italiana y que había vivido unos meses en Moscú antes de instalarse en Buenos Aires. Al lado de él estaba una chica joven de pelo lacio y rubio, vestida con un blazer beige muy formal. Contó que era arquitecta, de San Juan, que recién había terminado todos los niveles en inglés y por eso se había pasado al italiano. También dijo que había conseguido la ciudadanía el año pasado y quería irse.

En la punta, el Mirtha Legrand de la cafetería era Alberto, un hombre muy flaco de cara y de cuerpo, que escuchaba en silencio lo que decíamos hasta que le pregunté de dónde era.

—Soy de Perú.

—¿Hace cuánto vivís acá?

—Hace ocho años.

—¿Viniste solo?

—No, vine con mi mamá pero ella después se fue a Europa.

—¿A qué parte de Europa?

—Vive en Turín ahora.

—¿Por eso te querés ir a Italia?

—Sí.

Hablaba en voz muy baja. La gente que habla poco en grupo es la que más cosas tiene para contar.

Estaba por terminar la primera ronda de presentaciones y me asustaba de ser la más porteña del grupo, pero por suerte llegó el turno de Antonio que, si bien tenía muchos años en la provincia de Buenos Aires, había vivido toda una vida en

Capital. No hay nada que me dé más rechazo que encontrarme en un grupo de personas que se anotan en actividades para hacerse amigos. Pero no era el caso de este grupo porque lo que nos unía en el fondo era el impulso de "querer irse de su país" y yo, de esto, tengo mucho para decir. Me tocó presentarme última y les dije:

—Yo hice la inversa. Ustedes quieren ir a Europa y yo me vine para acá.

Después de esta afirmación, di mis explicaciones de siempre: soy francesa pero mis padres son argentinos, vine para conocer mis orígenes. Esta es mi versión oficial. Nadie preguntó nada, lo cual fue un alivio para mí. No tuve que entrar en los detalles ni justificar mi demora en este país. La negación encuentra las palabras y dice demora. No es que haya decidido quedarme en Buenos Aires, simplemente demoré mi regreso. Esta demora tiene diez años ahora, un aniversario que festejé hipócritamente con Mario y dos amigos en el bar La Fuerza hace un par de semanas, huevo frito y vermouth, diez años, los pies en el cemento.

Se nos hizo tarde y subimos. Los demás estaban todavía mirando su celular mientras que Chiara miraba al vacío. La segunda parte de la clase arrancó con la conjugación de los verbos ser y tener.

Chiara no generaba ninguna envidia en los demás. Pero hay un mérito que reconocerle. Al lado de nuestro profesor anterior era un personaje en dos dimensiones hasta que se ponía a hablar en señas. El idioma italiano es un idioma de gente que grita mucho y de gente sorda. Por eso mueven las manos, la cabeza, la boca y así se comunican y se entienden. Chiara tenía totalmente incorporado ese lenguaje corporal y nos dio un bife en la cara cuando nos mostró cómo se podía decir con el cuerpo "Me gustaría comer unos espaguetis, ¿me querés acompañar?".

Para decir eso, usó los dedos índice y mayor y en vez de hacer una "V" inmóvil como la V de la victoria, los giró varias veces a la derecha y a la izquierda. Eso significa comer espaguetis. Para preguntar "¿Me querés acompañar?" hay que mirar al otro y abrir y cerrar la mano derecha dos veces.

Chiara nos contó que si uno quiere convencer al otro de acompañarlo, le puede decir que conoce un lugar riquísimo

para ir. Para decir esto, hay que llevar el índice de la mano derecha a la mejilla derecha y girarlo.

Si la otra persona no tiene plata, tiene que tocarse los bolsillos del pantalón como para significar que están vacíos. Si no tiene bolsillo, lo puede hacer igual, se va a entender el gesto.

Chiara hacía los gestos al mismo tiempo que nos explicaba los diálogos.

Para decirle al otro que no tiene que pagar, que es una invitación, hay que llevarse la mano derecha al hombro izquierdo y apretarla fuertemente.

Si al otro le parece mucho esta invitación y quiere exclamar “Ah, ¡pero estás loco!”, hay que llevarse el dedo índice izquierdo a la sien del lado izquierdo y darle dos vueltas. Pero si uno insiste puede decirle al otro que la próxima paga él, que se deje de joder. Para decir esto, hay que levantar la mano derecha y llevarla atrás como si uno tirara algo por arriba de su hombro. Al final al otro no le va a quedar otra que aceptar y cancelar sus planes. Para eso, baja el mentón y hace seña de llamada telefónica con el dedo gordo y el dedo más chico, llevando el dedo gordo a la oreja y el dedo meñique al mentón.

Todo este diálogo fue dicho además con mucha elegancia porque Chiara no se despeinó, se mantuvo con la columna bien derecha y la mirada segura. Después nos enseñó la expresión *attaccare il botone*, que se usa para expresar cuando un chico chamuya a una chica. A Antonio le encantó y lo repitió varias veces en voz alta, sentado en una pequeña silla de escuela de idiomas, con la mirada en el futuro. Para terminar vimos los números hasta el cien. Los escribimos en el cuaderno.

A la salida caminé con el chico de calzoncillos verdes hasta la estación de subte. Me dijo que le intrigaba que haya dejado Francia para estar en un país latinoamericano pero que no quería indagar mucho porque respetaba a las personas que no querían hablar de las cosas que duelen con desconocidos. No supe qué contestar. Calzoncillos Verdes agregó una frase nomás para saber si era por la dictadura que mis padres se habían ido pero que no le cuente si no quería. Le dije que mis padres se habían ido en el 75 a probar suerte a Francia y que

con la dictadura no quisieron volver. Podría haber contado un poquito más, pero lo dejé ahí.

Antes de llegar al subte recibí un mensaje de Mario. Le había dicho de encontrarnos en un telo después de mi clase porque era algo que le faltaba a nuestra relación y porque no podía haber ido una sola vez a un telo en diez años en este país. Lamentablemente Mario contestó que no, dijo sentirse mal y de vernos en casa para comer una omelette. No la peleé. Cuando rallaba queso para la cena, le conté que la profesora venía de la misma ciudad que mi ex italiano y que le había escrito la semana pasada para contarle que estudiaba su idioma. Le hice escuchar incluso la respuesta que me dejó mi ex en un mensaje de audio en Instagram: Ciao, qué bueno lo que me contás, ahora vamos a poder hablar en italiano. Mario me preguntó si me seguía pasando algo con este chico. Le dije que no y era verdad.

3.

A la siguiente clase volvió nuestro profesor binacional y bilingüe, con cara de orto. Nos preguntó cómo había sido la clase con Chiara, si habíamos podido aprovechar su condición de nativa, su pronunciación. Insistió mucho con eso de la pronunciación. Claramente no nos habíamos aprovechado de eso y nos quedamos callados. El profesor esperaba una respuesta apoyado contra la pizarra.

—¿Escucharon que la “v” se pronuncia “f”? ¿Y la “d” se pronuncia “t”?

Pero no. Lo que más nos había interesado de la clase anterior había sido ese momento en el que fuimos sordos y mudos y aprendimos a hablar con las manos. Digo aprendimos pero sería más bien miramos. Salvo la palabra “espagueti” y el llamado telefónico, no puedo reproducir nada. Alguien se animó a decir que la profesora hablaba muy lentamente y que la clase había sido un poco aburrida. Al profesor eso le gustó. Dejó de lado el tema de la pronunciación y nos preguntó qué habíamos visto. Antonio contestó con su vozarrón que habíamos aprendido la expresión *attaccare il botone*, que significa chamuyar. El profesor dijo que no, que eso no significaba chamuyar, que era para definir a alguien que habla mucho y de manera aburrida. Se le encendió la mirada al constatar que sin él no aprendíamos nada. Yo me di cuenta de que el profesor estaba celoso de Chiara y por eso nos hacía tantas preguntas sobre lo que había pasado con ella. Y sí, tenía una tendencia a ser posesivo con sus alumnos. Lo que quería escuchar no era que nosotros habíamos estado más dispersos, sino que ella no había podido dar una buena clase, por más nativa que fuera. Es una estrategia del celoso, hablar bien de las personas hasta que los hechos demuestren una debilidad.

El profesor cambió de cara y nos pidió a todos que nos

levantáramos. Nos hizo poner en ronda y sacó de su mochila una pelota de plástico amarilla que hacía ruido y se encendía cuando se golpeaba. Se la lanzó primero a Alberto y dijo “uno”. Alberto no es un tipo muy vivo y preguntó “¿qué hago?”.

—Es para aprender a contar. Hay que seguir el número y enviarla. Mirá, mandámela de nuevo.

Alberto volvió a mandarle la pelota al profesor, que se la mandó a Yanina luego de decir “uno”. Yanina la recibió, se rio y dijo “due” y mandó la pelota a Calzones Verdes. La dejó caer, todos se rieron. La volvió a agarrar y dijo “tre”, la mandó de nuevo al profesor, que dijo “quattro” y la mandó a Antonio, que se rio y la dejó caer. Después la levantó y dijo “cinque” y la mandó a Samanta. Samanta es la jugadora de básquet profesional, así que no la dejó caer, dijo “sei” y la mandó con mucha fuerza a Luciana, que es mucho más petisa y torpe, y la recibió en las tetas. Todos se rieron. Samanta pidió perdón. Todos se rieron de nuevo. Luciana levantó la pelota y dijo “sette” y me la mandó. Logré agarrarla y la mandé a Alberto luego de decir “otto”. Alberto dijo “nove” y se la pasó a su vecina, que dijo “dieci” y la mandó a la basquetbolista de nuevo. Samanta no se acordaba cómo se decía once, pero alguien se lo sopló. Así seguimos hasta cien.

Algunos parecían sufrir de verse así, corriendo atrás de una pelota que se les escapaba, sin saber qué viene después del número ochenta y ocho. A Antonio, que parecía bastante juguetón, no le gustaban los ejercicios físicos porque tenía un problema en la rodilla, creo que tiene una rodilla de metal. Hay que decir que para esta tercera clase ya habíamos sufrido varias bajas, especialmente de los alumnos más jóvenes y deportivos.

Después de contar hasta cien, el profesor nos hizo sentar y nos dividió en grupos según el color de zapatos que teníamos. Antes de empezar a trabajar, puso a todo volumen la canción “Vivi davvero”, de la cantante italiana Giorgia. Me había olvidado que teníamos que buscar información sobre ella. Por suerte teníamos también a Luciana, que ya para ese entonces había demostrado que iba a ser la única que hacía toda la tarea y empezó a leer en español lo que había encontrado en Wikipedia sobre Giorgia.

La cortó el profesor cuando puso la canción a todo volumen y empezó a bailar. Para mí estaba de merca. La letra de "Vivi davvero" podía ir en ese sentido también: "*Questo è il prezzo che/ Questo tempo impone a noi/ Velocemente vivere una vita/ Il frutto del peccato una donna l'ha mangiato/ Adesso io vorrei un pezzo di torta/ Piegati alle regole del buon partito/ Nessun pregiudizio è mai stato sanato/ Raccontami quello che fai per dormire la notte/ Illusi e delusi dal senso di colpa/ Costretti da una morale distorta/ Ma fuori c'è un mondo di anime salve davvero/ Ti prego, Vivi, vivi, vivi davvero*". Durante la clase busqué la traducción en castellano, Google Translate dijo: "Este es el precio que/ esta vez nos requiere/ vivir rápidamente una vida/ El fruto del pecado se lo comió una mujer/ Yo ahora quiero un pedazo de pastel/ redoblar las reglas de la buena fiesta/ ningún prejuicio ha sido curado/ dime qué hacer para dormir por la noche/ engañado y decepcionado con la culpa/ forzado por una moral distorsionada/ Pero afuera hay un mundo de almas realmente salvadas/ por favor, viví, viví realmente".

El profesor nos contó que Giorgia era de las cantantes más importantes de Italia, que había cantado con Elton John, Andrea Bocelli y otros monstruos de la canción mundial. Se notaba que no sabía nada de escalas musicales pero intentaba a toda costa colocar a Giorgia ahí, en la escala de los grandes.

—Andrea Bocelli, no sé si lo ubican pero canta altísimo, súper fuerte, y ella pudo seguirlo.

También nos contó el drama detrás de la artista.

—Giorgia estaba en pareja con un cantante italiano que murió en un accidente de auto.

A lo mejor el "Vivi davvero" era por eso y no por los amantes clandestinos y tampoco por la merca.

El profesor dijo "accidente" y yo entendí enseguida. Ahí no hizo falta traducción. Escucho la palabra "accidente" y vuelve a pasar atrás mío el fantasma de Aline, amiga de toda la vida que murió a los veintiocho atropellada por un colectivo en un viaje a Asia. Fue el día de su velorio que recibí el mail para avisarme que me aceptaban como investigadora en Argentina. A los dos meses estaba en Buenos Aires y no le tenía miedo a la muerte. Los primeros tiempos acá fueron de duelo permanente. Me iba todas las mañanas de la casa donde

alquilaba un cuarto pensando en el día en que Aline se fue por última vez de su casa. Un poco quería que me pasara lo mismo porque cuando uno parte de su país es como que parte de su vida anterior y ya aparece algo de la muerte. Me lo tomé muy literal. Dejaba ordenadas las cosas en mi habitación, limpiaba la bombacha del día anterior, quería que fuera fácil para mi familia si tenían que viajar a buscar mis cosas. No quería dejar misterios. Aline era una referente para mí porque me llevaba dos años y teníamos varios puntos en común pero el principal es este: siempre se enamoraba de chicos feos que igual la hacían sufrir. Yo siempre esperaba consejos de ella de cómo vivir la vida. El primer aniversario de su muerte, yo seguía en Argentina, era la Noche de los Museos y había salido con una amiga nueva a recorrer. Cerca de Retiro, me agarró un chico por detrás y le gritó a mi amiga:

—Dame tu celular o la mato.

No sé si tenía armas para matarme, pero me tenía agarrada del cuello. Mi amiga tenía un viejo Nokia que no interesaba a nadie pero igual me salvó la vida cuando se lo dio al ladrón. Hoy, no sé si mi amiga o alguien daría su celular para salvarme la vida. Yo lo viví como una señal de alerta: nunca más quise salir para el aniversario de la muerte de Aline.

Que el 13 de noviembre sea una fecha trágica me lo volvió a confirmar el año 2015, cuando sucedieron los ataques en París. Esa noche busqué señales de vida de todos mis amigos y ellos hicieron lo mismo. Me tocó hablar toda la noche con Anne, que no lograba comunicarse ni con su futuro chongo ni con su ex amante. Ahí vino bien que yo estuviera en Argentina y el cambio horario porque pude hablar con ella un rato largo mientras que sus demás amigos se habían ido a dormir. Al final de la noche, descubrió que ambos habían muerto en la terraza del bar donde estaban festejando juntos un cumpleaños. El chongo murió con un vaso de cerveza en la mano. El ex amante se tiró arriba de una mina para salvarla y él no se salvó.

Me costó mucho volver a concentrarme en la clase de italiano, la palabra “accidente” me disparaba demasiadas cosas. Por suerte, el profesor seguía muy eufórico y eso nos

obligaba a prestarle atención. Después de su baile con la música de Giorgia, nos distribuyó un par de hojas con dibujos por un lado y palabras sueltas por el otro.

—Asocien cada dibujo con una palabra. Lo pueden hacer en grupo. Mientras, les voy a poner otra canción.

Los dibujos eran una estrella, una hoja, un árbol, un perro, una pera, un frasco de miel, una campana, una sonrisa, un sol, una llave, un moño, una frutilla, una birome, una nube, una paloma, un jugo de fruta y un kilo de harina. Hicimos el intento de asociar mientras escuchábamos la canción “Per te”, de Jovanotti. Era una canción de cuna, o como se dice en italiano una *ninna nanna*. Pasamos del *vivvi davero* a tener cinco años de nuevo. Faltaban solo las fibras para colorear. Estaba recuperando mi felicidad porque me imaginé que la canción que había escrito Jovanotti con su voz sexy que inspira a la vez lujuria y bondad en realidad estaba destinada a mí. Después de todo no entendía las palabras y el título “Per te” es bastante abierto y da para todo. Cuando confirmé que la letra de la canción era una enumeración de todas las palabras que nos faltaba asociar con los dibujos, me dio un poco de vergüenza que me hubiese gustado tanto. La que adivinó que se trataba de una canción dirigida a una niña fui yo. El profesor preguntó:

—¿Qué tipo de canción es esta?

—Una canción de cuna —contesté.

El profesor me felicitó con un “¡Bien!… ¿cómo es tu nombre?”.

—Amanda —dije, y sonreí como si hubiese marcado un gol.

Todo esto era muy oscuro. Escuchamos varias veces la canción y después aprendimos los días de la semana, los meses, las estaciones del año y la hora. Eran muchas palabras de golpe, me sentía un poco mareada. Ya no sabía si en enero hacía sol o nevaba y si la medianoche era el momento de comer la merienda o de salir a mirar caer las hojas en el otoño. Volví a prestar un poco de atención cuando explicó que los años se escriben todo atado, como por ejemplo milnovecientosdiezyocho. Al profesor no le gustó que Antonio se riera cuando pronunció diez y ocho, que se dice *dichoto* en italiano. Se puso a la defensiva:

—Bueno, *ragazzi*, yo doy clases en secundaria también, sé lo que es cuando escuchan las palabras "*ano*", "*orto*", "*choto*". Pero no significan lo mismo.

Escribió una enumeración en la pizarra de todas las palabras tendenciosas, o sea las palabras que hacen reír en un idioma pero son muy serias en otro. En mi cuaderno solo anoté *fumetto,* que significa historieta, y *orto*, que significa huerta en italiano. El profesor nos contó que cuando era profesor particular le había regalado un libro de cocina con el título *L'orto in tavola* a uno de sus alumnos empresarios, que al principio se había ofuscado hasta que le explicaron que no era el orto en una mesa, sino la huerta. En mi cuaderno anoté también la expresión "*alzare il gomito*" con la traducción "empinar el codo", sin saber qué significa eso último en castellano. Ese día no hubo pausa o, si la hubo, no la recuerdo. En un momento sentí que había soltado la mano de las palabras. Ya no me importaba entender ni decir. Fue ahí cuando se cortó la luz.

—No se preocupen, los dejo ir. Pero antes escuchen esta canción y piensen quién es "*lei*", o sea ¿quién es ella?

Era el clásico italiano "Vivo pei lei", cantado por Andrea Bocelli y Giorgia. El profesor nos hizo escuchar la canción desde su celular y un parlante verde que sacó de su mochila. Como nadie contestaba y algunos ya habían empezado a ordenar sus cosas, se puso impaciente y dijo: ella es la música. Es una canción de amor a la música. Sentí alivio, no todas las canciones de amor en italiano son canciones románticas.

Y también porque había logrado finalmente convencer a Mario de encontrarnos en un telo después de la clase. Fue gracias a las bombas de jabón que había traído de mi último viaje a Francia. Como en casa no hay bañadera, no las habíamos podido probar. La vendedora me había asegurado que cambiaban el agua de color y según la que elegías podías llenar el agua de brillantina también. Con Mario averiguamos el tema de los jacuzzi en los telos de cerca de casa y encontramos uno con un nombre francés. Elegimos ese. Mario llevó lavandina para lavar el jacuzzi y yo llevé la bomba de jabón y un vino. Nos tocó la habitación al fondo del pasillo. Al contrario de lo que había imaginado, no se escuchaban

gemidos que salían de todas las habitaciones. Cuando llegamos tuvimos que descolgar el cuadro de la orca arriba de la cama. Ni lo tuve que pedir, Mario se acordó enseguida de mi fobia a las ballenas, se subió arriba de la cama sin sacarse las zapatillas y descolgó el cuadro, que apoyó contra la pared en el piso. Le pellizqué el culo para agradecerle.

Nos pusimos en ropa interior y lo ayudé a limpiar el jacuzzi mientras escuchábamos la canción de Jovanotti "Per te". A Mario le interesaba saber qué había aprendido en la clase de italiano. Le gustó Jovanotti pero lo dejamos ahí, porque prendí la radio del telo, para aprender, para empaparme de la cultura argentina. Daban canciones de Centroamérica. El ambiente se hizo muy empalagoso y húmedo. Llenamos el jacuzzi, nos desvestimos, nos pusimos en el agua y tiré la bomba de jabón. El agua se puso de a poco color violeta y dorada porque la bomba venía con brillantina. Estaba feliz y le insistía a Mario: ¿ves qué linda que es el agua de color? Hablamos un rato de todos los modelos de bombas que tenían en el negocio en París. Le dije que había traído también una que viene con un papelito que no se derrite en el agua y te permite escribir un mensaje. Le conté también que se podía comprar una bomba en forma de tetera que venía con un sachet de té ingles pero que me parecía muy raro. Antes de que el agua se pusiera fría nos empezamos a besar. Estábamos sentados y me puse arriba de él. Empecé a frotarme hasta que sentí que daba para más. No podemos tener sexo en el agua, le dije, corremos el riesgo de quedar abotonados. Lo bueno de Mario es que no me discute los miedos. Salimos del agua y la seguimos en la cama, las sábanas berretas me generaban a la vez asco y fascinación. Sobre todo las almohadas. Me sentía bastante puta hasta que en la radio tocaron el himno. Era la medianoche, *mezzanote* en italiano. Por suerte, con Mario no paramos para contemplar esta situación grotesca desde afuera, seguimos manchando las sábanas con la brillantina dorada hasta acabar al mismo tiempo sobre el final, "Oh juremos con gloria morir". Nos quedamos en silencio acostados destapados sobre la cama, con la radio prendida, hasta que nos llamaron para avisar que ya terminaba el turno. Nos vestimos rápido, Mario volvió a colgar el cuadro de la orca. Yo vacié el jacuzzi.

Volvimos a casa caminando. Probamos comprar comida pero ya estaba todo cerrado. Llegamos y caímos en la cama. Ninguno de los dos tuvo la fuerza de pegarse una ducha para sacarse la brillantina que insistía en quedarse para iluminar la noche.

4.

Me anoté en clases de italiano sin saber bien por qué. Hacía varios años que venía repitiendo que el día en que no supiera más qué hacer con mi vida –ese día en el que ya no tuviera más proyectos, ni más caminos, ni trabajos atrasados ni títulos que revalidar, el día en que estuvieran al día mis trámites burocráticos, que no tuviera que mudarme por obligación, cuando empezara a sentir de nuevo que no me ataba nada, que mis pies quisieran salir corriendo, que mi cuerpo fuera tan pesado como una ballena, cuando no quisiera estar más sola ni acompañada– me iba a anotar en italiano. Fue una decisión arbitraria, como todas las intuiciones.

Antes de ser un idioma, el italiano fue Italia, otro país cerca del mío. Fue también el país de los dueños de la pizzería Etna, que quedaba enfrente de mi escuela cuando era chica y cuyo estacionamiento mi madre usaba para dar la vuelta con el auto cuando me buscaba a la salida y estaba apurada. Algunos sábados a la noche podíamos llegar a buscar unas pizzas ahí y llevarlas a casa. Muy raramente nos quedábamos a cenar en Etna. Los domingos estaba cerrado, así que no podíamos comprarles nada ese día. Teníamos que buscar las pizzas del chico del camión, que para mí eran tan ricas como las de ellos. En Francia es común que haya emprendimientos de pizzas en pequeños camiones estacionados al borde de la ruta o cerca de alguna estación de servicio.

Italia era también el país de Ángela, una chica que iba conmigo a la primaria, que tenía ocho hermanos y tenía prohibido recibir amigos en su casa o ir a la casa de los otros chicos del colegio. Varias veces la invité a mi cumpleaños pero no fue. Los que vivían cerca de su casa decían que igual salía a jugar a la vereda pero no tenía mucho margen para

alejarse de la mirada de su madre desbordada por su vida de ama de casa de una familia numerosa.

El italiano llegó después, con los extranjeros de la facultad, los que tenían anteojos gruesos y combinaban remeras, pantalones y medias, como sabiendo. Ellos que se hacían los artistas y se creían mil pero eran nenes de mamá largados en la gran ciudad. ¡Cuántas veces mis amigas y yo nos rompimos los dientes sobre uno de estos italianos que te invita a comer pastas y después te deja en Pampa y la vía! Después de fracasar con los chicos italianos, tuve varios amigos y amigas también. Hubo muchas fiestas, muchas cenas con pesto casero, temazos italianos, algo fuerte del orden de las ganas de vivir. En esa época también se hicieron famosos nuevos actores italianos como Monica Bellucci o Nanni Moretti, las películas italianas sobre la mafia y los jueces asesinados por la mafia, las canciones de Zucchero y Eros Ramazzotti. Un día abrí los ojos y entendí que los italianos habían conquistado Europa de nuevo. A partir de ahí pensé que si pudiera elegir otra ciudadanía, elegiría ser italiana. Pero después apareció Argentina y me olvidé de Italia por diez años.

Tal vez haya sido por eso que me anoté en el curso, para retomar ese proyecto. Tal vez no era tan diferente al diseñador de interiores que quería jubilarse en Milán o a la médica de terapia intensiva que había decidido irse a vivir al año siguiente al pueblo de donde se escaparon sus bisabuelos. Tal vez no hace falta nacer en un país para enamorarse de él.

El profesor de italiano se llamaba Federico, hasta ahora no había mencionado su nombre. En la primera clase se había presentado como binacional pero nunca habló de su historia. No sabíamos si había nacido acá o en Italia, si sus padres eran ambos italianos o mixtos o si eran ambos argentinos que vivían en Italia cuando tuvieron un hijo. Ahora que lo pienso, no creo que sea nativo porque se puso muy celoso de Chiara. Nadie nunca le preguntó nada tampoco. No sé si a los demás les interesaba tanto saber la vida de Federico. Yo quería saber de dónde venía y de dónde venían sus padres, porque sentía que encontraría ahí algo que me pasó a mí. Le quería proponer hacer un club de los que vivimos sentados con el culo entre dos sillas. Además, por todas las teorías que había estudiado sobre el aprendizaje del idioma debía tener una

claridad y una distancia que me harían bien. Me hubiera gustado preguntarle a partir de cuándo uno es binacional. Si pasa por un tema de papeles o de idiomas o si pasa por algo del cuerpo, algo más físico e inevitable.

Cuando yo era chica y me preguntaban de dónde venía con el pelo negro que tengo y mi apellido alemán, siempre contestaba que mis padres eran suecos. La vida me devolvió ese chiste porque una vez tuve como compañera de la facultad a una chica sueca morocha y petisa y después me enteré de que era adoptada de Perú. A eso de los treinta, cuando pensaba en la maternidad desde que me levantaba hasta que me iba a dormir, les contaba a mis amigas que quería adoptar un niño boliviano para darle el pasaporte francés. Les decía: yo quiero que le digan bolita y que él saque su pasaporte francés para "defenderse". Mis amigas me contestaron que era una mala idea transferir los problemas de identidad a los hijos, así que abandoné el proyecto. Físicamente Federico podía ser tan argentino como italiano y sé que es una estupidez decir eso porque gran parte de los argentinos son descendientes de italianos.

También me gustaría saber a partir de cuándo uno es bilingüe. Si es a partir de que uno sabe perfectamente dos idiomas o si hay otras situaciones, como la de haber escuchado desde temprano otro idioma. Yo sé que mi lengua materna es el castellano porque mi madre me hablaba en ese idioma los primeros meses de vida, pero después se pasó al francés porque ya se manejaba mejor y para facilitar mi integración a la sociedad. No importa si su francés estaba plagado de errores y con acento. Mi lengua materna fue una lengua desarraigada, una lengua rota, una lengua interrumpida. La lengua que no entendés existe igual, hay que tomarla en cuenta. ¿La lengua materna es la que uno escucha ni bien nace o también hay que saber hablar ese idioma? ¿Se puede tener dos idiomas maternos por más que no se entienda a los dos? Tener dos lenguas, una que entiende y otra que no entiende, es también ser bilingüe. No sabía con quién hablar de todo esto.

La cuarta clase de italiano fue al día siguiente de mi cumpleaños. Como festejo habíamos ido a cenar con Mario y dos amigas a un restaurante asiático por Palermo. Arrastré

todo el día una resaca del tamaño de un elefante pero me mantuve firme y no falté. Sí, presté poca atención, especialmente cuando se me venía el recuerdo del licor de pomelo que tomamos sobre el final de la noche, un error. Federico llegó con un nuevo peinado y nos dio la noticia sin dar vueltas:

—Esta es nuestra última clase. A partir de la semana que viene vuelve el titular de la clase, Vittorio Zanetti. Él ahora está en Italia por el casamiento de su hermano. Pero vuelve la semana que viene y ese mismo día les da clase él.

Nos quedamos sin palabras, salvo Antonio, que las tiene todas a mano siempre:

—¡Pero nadie nos avisó que iba a haber otro profesor! ¿Quién es ese Vittorio? ¿Es nativo también? Entiendo que sí, si tiene a su hermano en Italia…

El profesor se puso muy serio y contestó que Vittorio era el titular de la cátedra, que siempre supo que iba a volver. También dijo que durante muchos años habían sido muy amigos con Vittorio pero que estaban distanciados y que no nos preocupásemos porque se llevaban bien profesionalmente. Dijo que después de trece años uno cambia o no cambia y a veces ese es el problema.

—Vittorio es más estructurado que yo, pero es buen profesor.

Sin mucha pena Federico nos soltaba la mano para que fuéramos a tomar la del jefe.

—Yo le dije a Vittorio que ustedes son un grupo hermoso. Tienen que seguir unidos. Es muy importante el grupo cuando uno aprende un idioma. Y es verdad, chicos, que ustedes son un grupo hermoso, se los vuelvo a decir.

Claramente Federico sufría de la misma deformación profesional que los abogados, repetir varias veces la misma idea para hacerla entrar, no importa la sutileza o la diplomacia. Antonio no dijo más nada. Yo me puse mal como cuando abro la heladera y no hay nada para comer. Pregunté: ¿Por qué están peleados con Vittorio?

Por primera vez Federico me contestó con enojo en los ojos:

—Vittorio es muy europeo.

No podía esperar peor respuesta. Detrás de cada palabra

está su fantasma, su sombra. Odio estar incluida en los fantasmas de los demás. Además, no tengo un buen concepto de los europeos en cuanto a su visión de América Latina porque yo también fui una de ellos. Llegué a Argentina con el disfraz de la investigadora europea que trata de entender cómo un país tan sufrido como este logra igual ser campeón mundial de fútbol. Lo que sabía de la historia de Argentina era nada. Todo podía ser relatado en cinco minutos. Mis primeras semanas en Argentina como investigadora europea fueron muy aburridas y muy lacrimógenas. Como no tenía amigos, volvía de la pasantía caminando hasta la casa donde me quedaba, en Villa Crespo. No sé cuántas veces remonté caminando la avenida Corrientes desde el microcentro hasta la avenida Ángel Gallardo para matar el tiempo, me la conozco de memoria.

Cuando pude salir de mi cabeza quise preguntarle a Federico qué es ser muy europeo, pero ya habíamos pasado a otro tema. Estaba enseñando los artículos, el perro, el gato, la mesa.

En italiano los artículos dependen no solo de si el nombre es masculino o femenino sino también de la letra por la que empieza el sustantivo. Si es masculino y empieza por “s” + consonante, “z”, “ps”, “x” y “gn”, entonces se usa el artículo “lo” en singular e “il” y “gli” en plural, en vez de “i”. Ignoro cuántas palabras empiezan con “z” en italiano. Me encantaría tener un diccionario y contarlas. La “z” es una letra rara que me genera confianza. En algunos idiomas parece más importante que en otros. Por ejemplo, en alemán es una letra que pisa fuerte, se pronuncia con la punta de la lengua, que choca con los dientes de abajo. Es una serpiente, una orden, una lengua que trata de separarse de la garganta. Es la palabra *zeit* que significa tiempo y *zimmer* que significa habitación. En castellano la “z” es zanahoria, zapatillas. Es más simpática. En francés, la “z” es un accidente, un resabio de otras lenguas. Es *zig zag, zéro*. Es el sonido de una abeja pero yo imagino a un árabe mirando una frontera. En italiano, Federico nos enseñó una sola palabra con “z”: *lo zio*, el tío.

El apellido de Mario empieza con “z”. El mío también. Eso nos unió desde el inicio de nuestra relación porque los dos

sabíamos lo que significa ser el último por orden alfabético. Antes de él tuve otro novio cuyo apellido empezaba con “a” y terminó todo mal. No lo atribuyo a su apellido directamente, pero pienso que ser llamado siempre entre los primeros desde su infancia le generó una intolerancia a la espera. Creo que es por eso que me dejó con estas palabras: hablás mal. Era verdad que hablaba con acento, que a veces no encontraba las palabras, a veces no entendía lo que decían él o los otros. ¿Hablar con acento es hablar mal? No entendía por qué daba un giro tan idiomático a nuestra historia de amor. Durante meses después de la ruptura, repasé estas palabras en mi cabeza como uno repasa los detalles de la escena de un crimen.

Mario es todo lo contrario, es la paciencia personificada. Es la lentitud, es la casa que no se termina nunca de construir pero no importa si faltan cosas, si las ventanas cierran mal o si hay hormigas tropicales carnívoras en la cocina. Su calma se confunde con la anestesia. A veces me gustaría que grite, que rompa el cuadro que le regalé para su cumpleaños tirándolo al piso con fuerza, que dé vuelta la mesa de la cocina, que empiece a saltar por todo el departamento, que vaya a una fiesta y corra por toda la pista gritando “temazo”. Sé que tiene todo ese potencial de locura y de enojo. Quiero que se enoje, pero no conmigo. No soporto más la calma de Mario pero no podría vivir en Argentina sin él. Pensaba todo eso cuando me interrumpió Federico con su pregunta:

—¿Te sentís bien? ¡Tenés una cara!

Me pasó toda la vida: la gente confunde mi cara de pensamiento con una cara triste. Le contesté a Federico que me sentía bien e igual decretó que era el momento de la pausa. Bajé con los demás a la cafetería. El centro de idiomas con sede en Once tiene una cafetería muy grande, luminosa, llena de mesas de plástico. Hay también una pared entera con una pintura de Rep, pero en este momento solo recuerdo los colores rojos, naranjas y azules, más que la ilustración en sí misma.

Hay una pequeña caja con golosinas. El chico rubio de la caja repite siempre que primero hay que pagar y luego pedir. Pedí un café negro pero el señor de al lado de la máquina de café, un gordo con barba que calienta los tostados y prepara

todos los pedidos, me sirvió un café con leche. Como estaba de mal humor, decidí pelear. Le dije al señor del café que se había equivocado. Me volvió a preparar un café sin leche pero dijo una frase que no entendí: A mí no me importa, yo hoy a la noche salgo para Mar del Plata.

Me senté con el resto del grupo y agarré una conversación empezada liderada por Antonio sobre su mudanza, cuarenta años atrás, a San Fernando.

—De Tigre a San Fernando son quince minutos. No es otro país, hablamos el mismo idioma. Pero así y todo, para la gente, yo era de otro lugar y no me querían. Tuve que pagar derecho de piso muchos años y no sé si lo habré logrado pagar realmente. El problema es que uno siempre es de afuera. No importa a dónde vayas, ni cuánto te alejes del lugar donde naciste. Uno siempre es de afuera. Te repito, San Fernando-Tigre, ¡quince minutos!

Antonio le estaba diciendo eso a Yanina, la médica de terapia intensiva. Ella le contestó que no le tiene miedo a ser de afuera. Dijo que cuando fue a conocer el pueblo de sus abuelos, se sintió como en casa. Le dieron ganas de ir por más tiempo. Dijo: Cuando mi padre estaba vivo, no me imaginaba irme, ahora sí.

En el grupo de italiano el otro extranjero es Alberto. Ni él ni yo comentamos nada en la charla de Antonio y Yanina, pero no tengo dudas de que a él también le pasan cosas con ese tema.

Cuando subimos de nuevo, me di cuenta de que esa no iba a ser una clase muy productiva, porque era una despedida. Federico nos hizo hacer un último juego pero yo estaba de mal humor. Nos decía: Dale, chicos, hagan un esfuerzo. Nos hizo escuchar un diálogo y pidió que fuéramos de a dos a escribir en la pizarra los verbos que escuchábamos en el audio. Éramos tímidos y no entendíamos bien los verbos. Federico se impacientó, se puso a escribir él en la pizarra.

Después de eso, sacó de una bolsa de plástico amarilla un pequeño póster enrollado para cada uno y un chupetín con forma de corazón con los colores de la bandera de Italia. Pensamos que el póster era un diploma pero era un póster en formato A4 con las palabras en castellano que provienen del italiano. Estaban por orden alfabético, de *aggiornar* a *zingaro*.

Abajo había un texto que Federico nos leyó en voz alta: “Ya es imposible determinar cómo comenzó todo. ¿Quién se arriesga ahora a separar y clasificar cada gesto de la idiosincrasia argentina? ¿Quién se arriesga a señalar qué parte nació a orillas del Mediterráneo, y cuál entre las arenas rubias del Río de la Plata? El origen se funde en el recuerdo y se vuelve más y más valioso con cada empeño, con cada semilla sembrada por aquellos inmigrantes, que hoy forman el verdadero tesoro de nuestra memoria”.

5.

Mario no se quiere ir a vivir a Francia. Tampoco es que lo haya invitado a irse conmigo. Pasa que Mario tiene un hijo en Argentina, Samuel, de nueve años. Los lunes, jueves y un fin de semana de por medio está con su padre, o sea con nosotros. El niño se hace pis en la cama. No todas las noches, pero por lo menos una vez por semana. Los psicólogos dijeron que hasta los siete hacerse pis en la cama no es un problema, solo un hecho. Desde que tiene siete años, Samuel va a terapia por ese tema pero por ahora no se le pasa. A mí no me molesta cuando nos despierta en el medio de la noche para que le cambiemos las sábanas y tampoco me molesta cuando ninguno se quiere levantar a cambiarlas y simplemente Samuel termina la noche en la cama con nosotros. Al principio me preguntaba si estaba bien que yo me quedara a dormir al lado de ellos, que son una familia por sangre, con una sangre muy diferente a la mía. Después me relajé, para no decir que me dejé llevar por esta ficción de familia compuesta y traté de apagar el radar de exclusión que se prende a veces en mi cabeza.

Cuando conocí a Mario y me contó que tenía un hijo, me agarraron los pánicos habituales. Samuel tenía cinco años en ese entonces y yo tenía miedo de que ya fuera más alto que yo –porque hay que ser sinceros: los niños de las nuevas generaciones son muchos más altos que nosotros– y sobre todo tenía miedo de que hable mejor el castellano que yo y me rechazara por eso. Yo fui una mala niña, me burlaba de mi madre cuando la escuchaba pronunciar mal palabras en francés. También ponía en duda su conocimiento del idioma cuando empecé a aprender a leer y le pedía que me leyera algunas palabras que no entendía. Los niños de cinco años ven la verdad. No entienden que un adulto pueda pronunciar mal algunas palabras o no conocer algunos conceptos. No es

fácil explicarle a un niño que a veces la vida da una vuelta más y hay que volver a aprender a hablar y escribir. Por suerte, sin demasiadas palabras, Samuel me hizo un lugar y fue fácil porque lo único que tuve que hacer fue enseñarle a hacer panqueques. De vez en cuando me pide que le hable de mi colega Rodrigo, porque sabe que no puedo pronunciar bien ese nombre, porque dos "r" en un nombre es algo ridículo. Pero siempre me alegra mucho cuando Samuel me pregunta:

—¿Qué hizo Rodrigo hoy?

Le contesto siempre una respuesta inventada porque hace tiempo que Rodrigo cambió de trabajo.

Mario ama primero a su hijo, después a las tres Santas Ritas que tiene en el balcón y por último a mí. Ya lo hablamos antes, yo vengo tercera. Las Santas Ritas son su pasión. El balcón del departamento es un híbrido entre un balcón francés y un balcón común. No hay lugar para una mesita con sillas, pero hay espacio para un par de plantas y una persona o dos, paradas. Mario tiene la fantasía de que las Santas Ritas crezcan tanto que hagan desaparecer las rejas del balcón. Les habla mientras limpia sus hojas, todas las noches las saluda antes de irse a dormir. Buenas noches, chicas, dice. Mañana la seguimos. Cuando hacía solo dos años que estábamos juntos, trajo tres enormes macetas de cerámica para reemplazar a las macetas de plástico donde estaban plantadas. Las Ritas crecen, me dijo, hay que darles más espacio. Yo, que le tengo miedo al crecimiento de raíces, le dije que las macetas eran muy pesadas y que el balcón podía derrumbarse. No hubo caso.

A veces el arraigo de Mario en Argentina es también el mío, pero no sé medir el arraigo. Me gustaría leer un tratado científico que me dé los números que hay que cumplir, métodos para adicionar y multiplicar variables. El paso del tiempo es el peor enemigo del que se fue de su país. Ese parámetro tendría que estar en la fórmula científica también, me refiero al enemigo, no solo al paso del tiempo. El arraigo no necesariamente trae paz. La estabilidad que uno gana por un lado la pierde por el otro. Por eso atrasé la estabilidad, para tratar de perder lo menos posible de Francia. Ahora Mario, el cajón de cubiertos que rebalsa y cinco toallas

grandes de algodón de diferentes colores me avisan que me quedé acá. No lo tenía planeado pero sigo acá. Necesito coraje. Pero no sé para qué lo tendría que usar: ¿para plantarlo a Mario y volver a París o para quedarme?

Vittorio Zanetti llegó de Italia a las nueve de la mañana, pasó del verano italiano al invierno argentino con mucha dignidad. A la noche estaba limpio, podía sonreír y no bostezaba. No tenía los ojos rojos de cansancio ni de llanto-desconsolado-en-el-avión. Pero cuando se puso a escribir en la pizarra y nos dio la espalda, en esa soledad, todos escuchamos que su corazón latía más lento, atrapado en una melancolía venenosa y febril. Esa melancolía primero viene a saludar pero después se instala, construye su hogar en el terreno fértil de la duda. La melancolía se arraiga fácil en las espaldas. Zanetti llevaba su casa sobre sus hombros y por eso tenía una postura encorvada. (No solo porque era muy alto y tenía que agacharse siempre para saludar). Cuando terminó de escribir su nombre, se dio vuelta, nos miró con orgullo y dijo:

—*Mi chiamo Vittorio Zanetti. Mi nome é anche il nome di un grande calciatore italiano*.

Calciatore significa futbolista. Nuestro nuevo profesor tenía el mismo nombre que un futbolista italiano que se pasó la carrera yendo de la C a la B y retrocediendo. Murió en enero de 2019 en un incendio en su casa.

Igual Zanetti nos aseguró que no tenía ningún vínculo familiar con ese futbolista y que era una simple coincidencia. También dijo que él juega al básquetbol, que en italiano se dice *pallacanestro*.

—Me dijeron que son un muy lindo grupo. Me alegra mucho empezar a darles clases hoy.

Eso lo dijo en castellano. Tenía un pequeño acento, como si su lengua se tratara de escapar de la boca a cada palabra.

Obviamente nos pidió que nos presentemos (de nuevo). Ya teníamos un mes de clase, no podíamos hacernos los boludos. Había que hacer frases completas para decir cómo nos llamamos, de dónde venimos, de qué trabajamos y cuántos años tenemos. En presente. Aprender un idioma nuevo arranca siempre con el presente. Uno por uno, repetir lo mismo. Aprender un idioma es repetir. Esta vez

deliberadamente dije que era de París. Quería crear una complicidad con el profesor al que acusan de ser muy europeo. Me lo devolvió bien porque me ignoró totalmente. Además me corrigió.

—*Vengo da Parigi, sono francese*.

Yo había dicho *Sono di Pariggi, sono franchesa*. Las preposiciones que indican el origen y el lugar son siempre un motivo de error para mí pero no podía prever que algunos adjetivos de nacionalidad (Francia, China o Canadá) se terminan en “e” sin importar el género, como si fuese un lenguaje inclusivo de la identidad nacional. Los demás también se equivocaron en su presentación.

A diferencia de Federico, Vittorio no nos habló de humildad. Habló de esforzarse, estudiar, repasar. Nosotros sabíamos que era más estructurado, su ex amigo nos había avisado, pero no hicimos ningún esfuerzo de bienvenida.

Luego de las presentaciones empezamos de lleno con el libro (cosa que Federico odiaba hacer porque nos había inculcado que se aprende más jugando que leyendo un libro). Unidad 4, las nacionalidades y los adjetivos. Vittorio puso un CD y nos hizo escuchar un diálogo en la recepción de un hotel. La protagonista del libro es siempre María, una joven italiana que va a Roma con su novio para ir a una marcha contra la contaminación y el calentamiento global. En el diálogo que escuchamos, María describe a personas en el hall del hotel, mexicanos, españoles, franceses, estadounidenses, etc. En realidad no es un hotel, es un convento, porque los hoteles están llenos y María tiene que alojarse en un convento que alquila habitaciones simples o dobles y la recepcionista del lugar es una *sorella*, una religiosa. María, la protagonista del libro de italiano, es muy viva, sabe cómo mentirle a otro viajero que le pide su número de teléfono en el tren camino a Roma: le da un número falso y le hace creer que es española.

Me siento totalmente identificada con María. Yo también le mentí a mucha gente sobre mi identidad. Hasta el día de hoy me queda ese miedo de que los taxistas descubran que soy de otro país y lo aprovechen para dar vueltas más largas. Depende mucho de la calle a la que tenga que ir. La mentira peligra si tengo que ir a la calle Jean Jaurés, Bonpland, Pedraza o Castro Barros. Cuando se dan cuenta, empiezan las

preguntas.

—¿Sos de Colombia?

—No.

—¿De Venezuela?

—No.

—Ah, ¡sos de Jujuy o de Misiones!

—No.

Hace poco un taxista me sacó la ficha con tres palabras.

—Vos sos francesa.

Era el día de mi cumpleaños. Iba a cenar en un restaurante de la calle Gorriti.

Los taxistas son curiosos, pero no son los únicos. También le mentí a un peluquero durante años haciéndole creer que tenía acento porque era traductora del francés y que era común que los traductores tuvieran acento de otro país.

Al final de la lección María alquila una habitación con cama matrimonial, la última disponible en la ciudad y en el convento. Roma explota entre el congreso de peluqueros y la marcha contra la contaminación. La *sorella* le da las llaves de la habitación número 13.

El libro no cuenta que cuando le dieron las llaves, María subió con su novio a la habitación para dejar su bolso. Se encontró con un cuarto del tamaño de un cuarto de servicio, con paredes color cemento, desnudas, salvo por un crucifijo de madera un poco gastada enfrente de la cama y un espejo sin ornamentos. Era tan pequeña la habitación que se podía abrir el armario desde el borde de la cama.

En el bolso tenían ropa para cambiarse. El novio de María se cambió de remera. Ella se acostó sobre la cama para probar el colchón. Era muy duro, como si fuese nuevo. María esperaba algo más austero, de la edad media. ¿Por qué un colchón tan amable en ese lugar? ¿Todas las monjas tienen un colchón tan bueno? Seguro que no. Seguro que alguna se escapa a la noche para dormir acá. Debe ser por eso que fue la última habitación en alquilarse. María llegó a la conclusión de que la *sorella* de la recepción es la que usa ese colchón clandestinamente. La imagina llegar en la oscuridad, en pijama, pedirle disculpas a dios ni bien cierra la puerta y después de hacerse una cruz, saltar arriba de la cama. A dios le dice que es porque le duelen las cervicales con su colchón

todo hundido. Seguro que se debe tocar también. Sería un crimen no hacerlo arriba de este colchón y con esta vista sobre el patio del convento. A María le dieron ganas de quedarse un rato más.

—¿Tenemos tiempo de hacer una siesta? Vení, probá este colchón y decime qué te parece.

El novio de María –cuya identidad no fue aún divulgada en el libro pero que debe llamarse Paolo, o algo así– se acostó al lado de ella.

—Al final nos salió bien. No es tan cara la habitación.

En el oído Paolo le dijo a María "*Mi piace molto anche quel materasso*". María se sorprendió de que un convento le dé tantas ganas de coger. Se sentó arriba de Paolo y lo empezó a besar. Al principio Paolo se prendió, le devolvió unos besos bien calientes y llenos de saliva dispuesta al sexo-sobre-colchón-duro. Pero la hora, el crucifijo, la ventana sin cortinas… Paolo pidió pausa.

—Yo también quiero, pero dejémoslo para la noche. Estamos llegando muy pero muy tarde.

—Para salvar la especie hay que luchar contra la contaminación pero también hay que coger.

Ni bien terminó la frase María se dio cuenta de que había sido una respuesta mala y buena a la vez. Paolo tenía razón porque estaban llegando muy tarde. Pero vivir es también coger en los conventos y llegar tarde por eso. Esta vez no la peleó. La cortaron ahí y fueron a la marcha por la contaminación. El problema del convento es que no es un hotel y hay horarios muy estrictos.

El relato del libro de italiano retoma a las dos de la mañana cuando María y Paolo vuelven de la marcha y encuentran cerrado el convento. Paolo grita en la calle, un vecino le tira un balde de agua por la ventana. Ahí llega otro hombre, un peluquero que vuelve del congreso de peluquería y también se aloja en el convento. Intercambian unas palabras sobre los motivos por los que se quedaron afuera. Llegaron media hora tarde nomás. El peluquero está muy enojado. Pega fuerte sobre la puerta del convento para que venga una monja a abrirles. Esa maniobra tiene éxito. Aparece la *sorella*, la misma que según sospecha María se toca en secreto en la habitación que alquilaron con Paolo.

El libro no cuenta que María se quedó muy caliente con la adrenalina de la marcha y el colchón duro y que a la noche ella lo va a garchar a Paolo mientras se espía en el espejo del costado, arriba de él.

Las cosas más interesantes del libro de italiano están en páginas que no existen. Eso Vittorio Zanetti lo sabe y por eso le aburre dar clases a principiantes. Lo único que le queda para seguir trabajando es bardear. En la primera clase ya identificó a los más vagos. Es muy fácil. Son los que en vez de responder con una frase completa –“Me llamo Pirulo”– contestan solo “Pirulo” a la pregunta ¿cómo te llamas? Zanetti dividió la clase en grupos, con un vago en cada grupo.

Éramos cuatro grupos. Una mitad de la clase tenía que preparar preguntas para ir a visitar un museo y la otra tenía que inventar respuestas. Los vagos tenían que leer las preguntas y respuestas en nombre del resto del grupo. A mí no me tocó ser la que lee. En mi grupo lo hizo Samanta. Preparamos las preguntas. “*Se posso pagare con la carta di credito?*”, “*Si puó prenotare el biglieti*?” y la que más me gustó era “*Ci sono rampe per disabili?*”. Quinta clase de italiano y ya aprendimos a preguntar por los discapacitados.

El aprendizaje de un idioma es duro como un colchón nuevo pero hay que esperar mucho tiempo para garchar con una nueva lengua.

En esta clase no hubo pausa. Zanetti ofreció a cambio que terminemos más temprano porque había partido de Boca. Cuando estaba ordenando mis cosas se me acercó y me habló en castellano.

—Me gustaría preguntarte hace cuanto vivís acá.

—Diez años, ¿y vos?

—Doce.

Me intimidó mucho, no logré seguir la conversación y me fui.

6.

Antes de ir a la clase siguiente, googleé “Vittorio Zanetti”. Aparecieron noticias en italiano sobre el futbolista de los setenta pero después encontré una entrevista en la tele a nuestro profesor en un programa de la Rai, año 2016. Zanetti en Parque Lezama, con una chomba rayada blanca y violeta y la espalda ya encorvada, contesta en italiano a las preguntas de un reportero. Pobre reportero, o se queda así sentado de espalda y muestra la pelada o se pone de pie al lado de Zanetti, que mide casi dos metros, y parece un enano.

La entrevista arranca con la pregunta: *Tu arriva de la Puglia?* Zanetti contesta que sí, que llegó en el 2003 y que desde el principio se desempeñó como profesor de italiano en escuelas públicas o privadas de la ciudad. Explica que ahora da clases solo a adultos. Fue la falta de trabajo en Italia la que lo llevó a Argentina. Dice algo sobre la virtud que no entiendo bien pero que traduje como “necesidad es ley”. Él quería enseñar italiano y no lo podía seguir haciendo en su país. Dejó a sus amigos, a su familia –en ese orden lo dice– y cambió su vida, *rifare, riconstruire tutta una vita en Buenos Aires*, pero no se arrepiente porque le encanta la ciudad. Al principio le resultaba difícil porque es una ciudad grande y no podía hacer nada caminando, *ogni cosa prendere un auto, sono molte distancia*, pero se acostumbró porque *é una citta estupenda, molta vita*. En general su balance es positivo: trabaja de lo que quiere. Ahora enseña italiano a adultos, experiencia que calificó como extraordinaria, pero además lo que le gusta de Argentina es que acá la gente estudia la lengua y también la cultura para acercarse un poco a sus antepasados que vinieron de Italia. O sea que es más que profesor de una lengua, de alguna forma transmite historia familiar. A la pregunta del conductor sobre si conoce acá a otros italianos que vienen como él de la Puglia, Zanetti

confirma que sí y que todos vinieron acá a construir un futuro porque es cada vez más difícil tener un futuro en Italia. Para terminar la entrevista el conductor le pide un listado de las pastas que más extraña, entiendo solo la palabra *orecchiette* pero son varias. Zanetti dice que más allá de eso que extraña, la comida argentina es rica.

Zanetti quemó las naves pero solo la mitad porque todavía vive con su lengua y su cultura. Extraña algunos fideos y tuvo que aprender a manejar pero ¿son tan diferentes la cultura argentina y la cultura italiana? Yo no me di cuenta de que podía dar clases de francés para ganarme la vida cuando llegué a Argentina, pero ¿cuántos argentinos quieren estudiar francés para conectarse con sus orígenes familiares? Acepté algunas propuestas de amigos que me pedían que nos juntemos a refrescar sus conocimientos del idioma que no sacaban del placard desde la secundaria pero como las clases siempre terminaban con la frase "quiero acabar en tus tetas" decidí parar. Ahora no doy clases a adultos. De vez en cuando hago apoyo escolar pero no puedo decir que vivo con mi lengua, vivo con mi angustia nada más y trabajo de otra cosa.

Según la Real Academia Española, la palabra "trabajar" viene de la palabra "*tripaliare*", que significa torturar en latín. No recuerdo los motivos que me llevaron a buscar eso en el diccionario, qué tipo de desesperación tenía para encontrar el sentido de lo que ocupa la mayor parte de mi día, pero esta explicación resultó de gran utilidad para entender mi situación profesional actual.

Los extranjeros cometemos todos el mismo error: querer ser útiles por miedo a ser echados del país. No sé cuántos argentinos o franceses nativos tratan de ser útiles en el trabajo. Yo no era indispensable para nadie cuando llegué a Argentina, así que redoblé esfuerzos para inventarme un lugar. Hice todo lo que nadie quería hacer: sacar fotocopias y ordenar papeles. Por ejemplo, ordené documentos viejos por orden alfabético. Me creía canchera porque aprendí rápido a usar las expresiones "v corta" y "b larga" pero tuve que estudiar todo de cero: Fito Páez, Gilda, una indagatoria, auto de elevación a juicio, Rhodesia, mondongo, Montoneros, Retiro, Guía T, acordada de casación, libreta de enrolamiento, feria judicial, Perón, pebete, pinche, fojas, foliatura, sello, etc.

Compré un diccionario de términos jurídicos. Y en el medio de tantas novedades tuvieron que disculparme por escribir Doctor Cuatro en vez de Don Torcuato o Guasmo en vez de Whamond.

A veces te ganás el lugar solo por estar ahí y no por hacer las cosas bien. Además de la humildad de Federico y la disciplina de Vittorio, creo que para aprender un idioma, para mantenerse en el aprendizaje y no tirar la toalla, no dejar países por la frustración y la vergüenza de ser adulta y hablar como un niño de diez años, por ser humano y sentirse chimpancé, hay que dejar la susceptibilidad atrás. Yo la encerré en lo más profundo de mi cerebro, en una caja con paredes transparentes de la que todavía se escapa de vez en cuando y me hace estallar en llanto de velorio –a veces públicamente y a veces no– por un simple “No te entendí”. Quiero verlos a todos los que durante estos años me dijeron que tengo que tener paciencia y perseverancia ser amputados de su lengua, a ver qué tips inventan contra la frustración. Y eso que el castellano es un idioma más accesible que el ruso o el árabe o el chino, y eso que no puedo echarle la culpa a nadie porque la que se cortó la lengua sola fui yo.

Al final del video, el reportero, enano y pelado, le pregunta a Zanetti si lo volvería a hacer. Él duda un segundo y contesta que sí, *Assolutamente si, ciamo con cualque cosa diversa pero si, rifare cuesta esperienza*. Me lo deja picante, ¿qué cosa diferente haría?

Llegué un poco tarde a la segunda clase y ya habían empezado. Me disculpé en ambos idiomas: *scusi*, perdón. Zanetti no me dio más cabida que una mirada rápida y me fui a sentar al lado de Calzoncillos Verdes. Las sillas del CUI son muy pequeñas, parecen sacadas de una escuela primaria, y hasta yo, que soy chiquita, siento que desbordo. Calzoncillos Verdes es grandote y desborda también. Le pregunté:

—¿Qué estamos haciendo?

—Te perdiste los primeros cinco minutos nada más. No pasó nada, Zanetti estuvo puteando porque no le andaban los marcadores, solo eso.

En la pizarra estaba escrito “*sei un guffo*”.

—¿Qué es eso?

—Es cuando algo trae mala suerte.

—¿Eso por los marcadores?

—Sí y no. Son los marcadores que le había regalado Federico. Hizo un chiste al respecto pero nadie lo entendió. Nos enseñó *sei un guffo* después, pero no entendí por qué.

De golpe Zanetti interrumpió.

—¿Qué pasa acá? Primero llegás tarde y después no parás de hablar. Todo bien, pero hay que hacer un mínimo esfuerzo de atención y puntualidad.

Me acordé del video, de cuando Zanetti decía que enseñar a adultos es una experiencia extraordinaria.

7.

La palabra “boluda” parece inofensiva. Hasta que vine por primera vez a Argentina pensaba que se aplicaba solo a mí porque era la forma favorita que usaba mi madre para hablar conmigo. No podés ser más boluda porque no tenés tiempo, me decía, y yo lo vivía como el insulto más grave del planeta y me parecía misterioso el vínculo entre el tiempo y la boludez. Durante años asocié la palabra “boluda” con tirar un vaso de agua sobre la mesa, no controlar al perro que se escapa a la casa del vecino, salir sin abrigo y enfermarse, caer en las escaleras, cerrar una puerta y dejar el dedo, morderse la lengua, perder un papel, olvidar algo que había que llevar al colegio. Pero fundamentalmente ser boluda era romper algo.

Por eso cuando una nueva amiga me dijo boluda por primera vez sentí un gran desconcierto. Estábamos caminando por Parque Centenario en pleno invierno. Era un parque vacío, con árboles muertos y areneros de los noventa. Era una conversación banal, me gusta Nacho pero tiene novia, y de repente me tropecé con una piedra que no había visto.

—Boluda, tené cuidado.

No entendí por qué mi amiga respondía de manera tan despectiva cuando trataba de contarle mis problemas. Quedé confusa, como si hubiese visto a una abuela hacer kickboxing. Me entristecí y el Hospital Naval que bordea el parque quedó para siempre como el símbolo de esa tristeza idiomática y también como un símbolo de todas las tristezas. El Naval es tan extraño, tan bello y feo a la vez, como es no entender. Toda la vida me pregunté si el castellano podía ser mi lengua materna, por más que no la haya hablado hasta una edad muy avanzada en la vida. La respuesta es tan simple que asusta, la lengua materna es la lengua de la madre. En el

pasado me generaba orgullo cuando llegaba a la conclusión de que mi lengua materna era el castellano por más que no lo supiera hablar. También me generaba pánico porque no me sentía a la altura de semejante descubrimiento. Es difícil entender a una madre cuando en el colegio te enseñan otra lengua. Pero tal vez es siempre difícil entender a una madre y la lengua materna no es más que una metáfora de todos los años de análisis necesarios para desenredar los hilos de las letras que las madres cosen en secreto en habitaciones oscuras. Estoy hablando de la lengua, una lengua no es un idioma. El idioma es de varios, la lengua materna es de una sola persona. Tampoco hay que confundir lengua materna con lengua madre porque no son lo mismo. En eso no hay duda, mi lengua madre es el latín y ya murió.

A mi amiga no le pregunté qué había roto para que me dijera boluda, pero durante varios días me angustié hasta que me animé y le pregunté a Lucía, mi otra amiga:

—¿Cuándo se usa la palabra boluda?

—Acá se usa todo el tiempo.

—Anita me dijo boluda.

—¿Por qué te dijo boluda?

—Eso es lo que me gustaría entender.

—¿Pero de qué estaban hablando? ¿Cómo te lo dijo?

—Estábamos hablando normal, le dije que me gustaba Nacho y me resbalé caminando y me dijo boluda.

—Ahh, no pasa nada. Es una forma de decir. No es un insulto. Anita no te diría boluda de verdad.

Hace más de diez años que vivo en Buenos Aires y no logro usar la palabra “boluda”. Lo vuelvo a intentar cada tanto con mis amigas.

—¡No, boluda, no te puedo creer!

En mi boca la palabra “boluda” expresa la gloria, la de pegarle a la lengua materna con un sable. Pero no pasa mucho, tengo más incorporado el che que el boluda. Entonces escuchar a Zanetti usar la palabra “boludo” me hizo ruido. Me pregunté también si hay una cosa de género ahí. Zanetti usa la palabra “boludo” y no “boluda”. En realidad usa la palabra “boludos”. Dice:

—¡No sean boludos, estudien!

Tampoco dice no sean boludes.

Ya tuvimos tres clases con él y todavía no hablamos de lenguaje inclusivo.

Tampoco descubrí cuál fue el motivo real de su pelea con Federico. Los hechos no hablan por sí mismos: Vittorio era el jefe de Federico. Federico comentó que antes eran muy amigos pero que cortó la relación porque Vittorio era muy europeo. Cuando llegó Vittorio, Federico se fue del grupo de Whatsapp de la clase. O mejor dicho, armó otro grupo de Whatsapp unos días antes con todos los que querían sumarse a las clases privadas que da los sábados una vez por mes. Nos sumamos todos pero nadie fue. Son clases de juegos de mesa en italiano, se hacen en un bar. Yo también dije que iba a ir pero a último momento me dio pereza. Federico mandó un mensaje para que seamos un poco más responsables la próxima vez y que no digamos que queremos ir si no vamos. Me dio pena porque era lindo el bar, pero los juegos de mesa un sábado a las quince es letal. Ese grupo de Whatsapp aún no desapareció. Federico lo sigue usando para mandar canciones italianas y algunos memes que no entiendo bien. Antonio también lo usa (demasiado) para mandar videos de canciones o de información turística sobre Italia.

Para mí ser muy europeo es hablar mal de los gobiernos populistas y viajar a Bariloche. Nunca entendí por qué los europeos de visita van todos a Bariloche cuando es obvio que es igual a Suiza. Zanetti no parece de los hombres capaces de pelearse por un tema político. Es más bien depresivo. Una vez lo vi dormir sobre su escritorio durante el recreo. Levantó la cabeza ni bien escuchó que alguien entraba a la clase y sonrío.

En esta tercera clase con él vimos el tema de la comida y sobre todo de los cafés. Hay un millón de cafés distintos en Italia, según la cantidad de leche y de café que uno le pone y el tamaño de la taza. Si el alemán es el idioma de la filosofía, el italiano es el idioma del café. Parece fácil –todos tenemos ganas de que lo sea– pero hay que poder distinguir entre un *ristretto*, un *macchiato* o un *corretto*, *lungo*, *al vetro* y no sé qué más. El *cappuccino* es el más fácil de distinguir porque ya es universal. Yo no sé si puedo con los demás, creo que si voy a Italia me voy a convertir en una tomadora de té aunque me encante el café. No es solo una cuestión de vocabulario, es un

tema de camino cognitivo. Si toda tu vida tenías una sola palabra para significar café, ahora no te podes adaptar a más. Yo soy vieja, no puedo. No sé cuál es la edad límite para aprender nuevos idiomas. No digo para jugar a los nuevos idiomas, digo para apropiarse de verdad de otro lenguaje. Mi abuelo materno por ejemplo nunca pudo aprender una palabra en francés cuando llegó en el setenta y seis a Francia. Es verdad que no tuvo mucho tiempo porque llegó enfermo del corazón y a los pocos años murió. Cuando te anda mal el corazón es difícil aprender otro idioma. Además él era alemán y ya se debatía entre dos idiomas como para tener que sumar un tercero.

Mi abuelo llegó a Argentina a los catorce años para trabajar en un yacimiento de petróleo en el sur. Hubo una época donde los adolescentes europeos tenían que salvar su vida. No sé la fecha exacta en la que llegó a Argentina pero la Segunda Guerra Mundial empezó cuando ya tenía las manos de un trabajador. Siempre me pregunto cómo reaccionó cuando empezó la guerra, si se deprimió, si intentó volver y no pudo, si se alegró de no estar ahí y decidió quedarse en Argentina sin sufrir tanto por esta decisión. Me pregunto si tenía la sensación de salvar su vida si se quedaba y si le traía culpa o alegría esa sensación. ¿Pensaba en su familia? ¿Extrañaba tanto como yo? Cuando terminó la guerra tampoco volvió, pero eso lo entiendo, los alemanes se venían todos para acá, ¿por qué iba a hacer el camino inverso? Era la gloria, no tenía que volver, iban a él. Mi abuela era española, su familia fue colonizada por la iglesia católica pero ella le pidió ayuda a dios cuando ya era una señora mayor. Mis abuelos se vinieron a Francia por los problemas de corazón de mi abuelo pero nadie lo pudo salvar allá tampoco. Mi abuela se metió con el francés cuando tenía más de cincuenta años.

Hay algo importante en la experiencia de mi abuela en cuanto al aprendizaje de un nuevo idioma después de los cincuenta años y es que cuando tuvo un ACV su cerebro borró la posibilidad de otra lengua. O sea que podía hablar solo en castellano. Seguía entendiendo el francés pero nunca más pudo decir una palabra en ese idioma. Creo que no los distinguía más, salvo por la comida. La baguette era la baguette. El *pain au chocolat* también conservaba su nombre.

Los contactos sociales de mi abuela eran pocos y por suerte en la iglesia evangelista a la que iba siempre había gente que sabía hablar castellano. Debe ser que dios ayuda a los traidores de la patria, los nómades que construyen hogares un poco chuecos en otros países. Nunca supe bien quién era esta gente evangelista con la que se juntaba mi abuela. No sé si eran gitanos, españoles, hijos de españoles. Recuerdo a una mujer joven con el pelo castaño largo y fino, que usaba polleras oscuras y largas como su pelo. Ella estaba siempre en la casa de mi abuela con sus dos hijos chiquitos y también la veía a veces en el patio de la iglesia porque quedaba cerca de la estación de tren y yo pasaba por ahí para ir a las clases de dibujo. Al final, después del ACV, fue el Alzheimer el que borró todo rastro de idioma en la cabeza de mi abuela. Mi mamá, siempre tan cruda en los detalles, decía que antes de morir la abuela tenía la cabeza llena de agua. Que ella le acariciaba el cráneo y sentía cómo las neuronas flotaban. Así terminan las palabras, en un líquido de neuronas cuyo color no sabemos pero que presumo es beige. Entonces, ¿para qué sufrir tanto?

Si no hubiese sido de mi familia, hubiese tenido miedo de una vieja loca que andaba por el barrio y el supermercado o la panadería sin darse cuenta de que hablaba un idioma que nadie entendía. Debe ser por haber visto la mirada de los otros sobre mi abuela que tengo tanto miedo de perder mi idioma. No es algo que me pase siempre, me di cuenta de eso porque me ponía a llorar en las librerías en Francia cada vez que volvía de visita. Y también por la nostalgia que me daba recordar algunas palabras o expresiones que pasaron de ser cotidianas a amigas que uno ve cada tanto. En serio, me da vergüenza escribirlo porque es tan simple y sencillo que da la sensación de decir una banalidad, pero uno elige las palabras que lo representan. Si decís "chongo" o "bello" u "holis" o berreta es porque querés, no porque hay una sola forma de nombrar las cosas. Elegís, te identificás. Después cambiás y podés sentir que te perdés. Yo nunca uso la palabra "bello" porque no me identifica.

Un día hice un listado de las palabras en francés que me representan y que al usarlas poco me hacen perder un poco de mi identidad. Arriba de todo está "*c'est pas ma came*". La

traducción literal sería “no es mi droga”. Acá dirían “no es lo mío”. Pero hay un abismo entre lo mío y mi droga. A veces floto en ese abismo.

Después está la palabra “*tripoter*”, que se usa para contar cuando alguien te tocó las tetas de manera poco honesta, es algo que pasa mucho en Francia pero si buscás la traducción en Google Translate aparece la palabra “violín”. Pero no es lo mismo *tripoter* y violar, no tienen nada que ver.

También está la palabra “*bonne*”, que significa buena o fuerte. Existe en los dos idiomas pero en francés tiene un peso que en castellano no encuentro.

En el listado puse la palabra “*enfoiré*”. Se usa en Francia para hablar de las personas torpes que se mandan un moco o las más jodidas. Y acá lo traducen como hijo de puta, pero es algo más. En francés la definición sería una persona manchada de mierda.

Hay más palabras pero también tengo historias de fracasos lingüísticos, de querer traducir al castellano frases que me venían a la mente en francés y que demuestran que no se puede ser la misma persona en dos idiomas. Por ejemplo, tuve una vez un novio del que estaba muy enamorada y una mañana cuando se fue de mi casa para trabajar le mandé un mensaje que decía “me gusta tu culo”. Fue muy sincero de mi parte, cero ironía, cero juego de palabras ni chiste interno. Yo también me fui a trabajar y nunca recibí respuesta, ese mensaje fue ignorado. Un tiempo después tuve una discusión con ese novio por otro tema y me confesó que no había entendido mi mensaje.

Cambiar de idioma es cambiar de identidad y a veces se gana también, como ganan los amputados que logran caminar con prótesis. Yo gané un par de palabras que no puedo traducir al castellano y que se sumaron a la palabra “camiseta”, que aprendí en mi infancia y que nunca pude traducir al francés. La palabra “cheta” es la mejor palabra en castellano y es universal. La usa mi hermana en París para contarme de la rubia que siempre la atiende en el banco.

Para ser más justa, el problema no está en ganar o perder, está en sentir el vacío. ¿Cómo se puede pretender escribir si hay un vacío de palabras? Voy a ser concreta, el día que me enteré que existía la expresión culo-cometrapo ya vivía hacía

más de diez años en Argentina, ya intentaba escribir en ese idioma hasta cualquier hora de la noche. Y sin embargo sentí que había pasado todo este tiempo sin saber nada y que yo todavía no me había constituido como persona. ¡Cuántos chistes no puedo hacer porque no imagino que existen! Lo más importante son las palabras básicas, escribir es como construir un castillo. Las palabras simples que parecen no valer nada hacen toda la diferencia a la hora de construir un castillo. Si te faltan las bases, olvidate de la flecha que va arriba de todo.

Mi abuela no se derrumbó porque creía que dios era universal. Es más difícil para los que no creemos en nada. Por eso me preocupa la depresión de Zanetti. ¿De qué se agarra para no hundirse lejos de su imperio romano? Al final de la tercera clase me animé a preguntarle. Esperé que se fueran todos y le dije:

—¿Y vos, cuál es tu café favorito?

—El *ristretto*.

—Uy, me los confundo. ¿Cuál es?

—El más fuerte.

—¿Ya fuiste a Bariloche?

—No, yo vengo de la zona con montañas de Italia, no necesito ir a Bariloche.

—¿Estás contento acá en Argentina?

—Sí. Me gusta mucho.

—No parecés tan contento.

Zanetti caminó hacía la puerta, se dio vuelta y contestó:

—Un día podemos tomar un café. ¿O tomás mate?

Estoy harta de esta pregunta sobre si mate o café. Contesté que tomo las dos cosas. Zanetti no dijo nada y salió.

8.

Por suerte existe el rock ‘n’ roll, esa música que sopla como el viento en la cara y camina con vos en la calle cuando estás un poco mal. Falté a la siguiente clase de italiano. Fue una decisión de último momento. Estaba caminando a la salida del subte A, estación Pasco, cuando sentí que me faltaban fuerzas. La neurosis ataca así, sin avisar. Di marcha atrás y volví caminando hasta mi casa. ¿Cuál era el problema? ¿El italiano? ¿Zanetti?

Mario llegó del trabajo con un kilo de naranjas y se sorprendió al verme sentada en el sillón del living sin hacer nada.

—¿Qué pasó que no tenés italiano?

—Nada. ¿Vos? ¿Qué pasó que compraste naranjas? ¿Te sentís mal?

No contestó y fue directamente a la cocina. Cuando vi que no volvía, fui yo también para allá. Nuestra cocina es muy chiquita, parece una cocina parisina. No hablo de los departamentos viejos y caros con piezas amplias, chimeneas en el living y ventanas gigantes. Hablo de los departamentos que se hicieron después para que entremos todos. Yo nunca tuve un departamento con espacio en la cocina. Estoy acostumbrada a chocarme con las paredes y negociar con el equilibrio un lugarcito más para poner un vaso que siempre entraba en el mueble y hoy no sé por qué no entra. La cocina es siempre mi lugar favorito de la casa porque las cuatro paredes están tan cerca que siento que me contienen. Mario estaba preparando una ensalada de frutas.

—Siempre asocio las naranjas con el dolor de garganta. ¿Te sentís bien? ¿Estás enojado?

—Estoy cansado. Tenía antojo de naranjas. ¿Qué pasó con italiano?

—No tenía ganas.

—¿Desde cuándo esa es una excusa para vos?

Siempre me choco con esta frase ya hecha: el que mucho abarca poco aprieta. Siento que quiero abarcar mucho, me estoy abriendo demasiado. En vez de profundizar en una cosa, abro. Pero si estuviera con un solo idioma sentiría lo mismo, que no lo puedo apretar nunca. El idioma es algo insaciable, come de mí sin parar.

Mario me alcanzó una ensalada de fruta en un bowl de plástico rosa y dijo:

—Vos sabés que todo esto no tiene que ver con el idioma.

—Quisiera tener una sola lengua en la cabeza.

—Por lo menos tenés una sola lengua en la boca. ¿De verdad te querés ir?

—¿No te gustaría que tuviera dos lenguas en la boca también?

Mario es el que me impide irme hace cuatro años. No contesté su pregunta porque a esta altura ya es pura retórica de nuestra relación.

—En Francia hay un dicho que dice que a los presos se les regalan naranjas.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No te lo puedo decir porque no lo sé. No sé si algún día lo supe. ¿Acá también es así?

—No sé qué se les lleva a los presos acá. ¿Tal vez un celular?

—Últimamente me pasa mucho eso, de no saber lo que estoy diciendo, y me preocupa.

—Sí, veo que te está pegando mal faltar a italiano.

—Me olvido de las palabras. Un día voy a volver a Francia y no voy a saber hablar con mi familia.

—Lo dijiste vos misma, el origen de los problemas siempre es la familia.

Mi familia no quiere mucho a Mario porque es el que me retiene acá. No me lo dijeron nunca en estos términos pero mi papá siempre me pregunta si con Mario dividimos los gastos. Yo le digo que sí.

Mario no pescó mi invitación sexual con el tema de las lenguas. Se fue directo a la realidad, es difícil volver de ahí. Quisiera saber relanzar la máquina del garche espontáneo. Quisiera que un día Mario me levante, me siente sobre la

mesada de la cocina y me garche así de parado, como Leonardo Di Caprio a Kate Winslet en *Revolutionary Road*. Nunca supe si era una buena película o no pero no la puedo olvidar. El problema es que la mesada de nuestra cocina está siempre mojada. Esto no es una metáfora sexual, es un enigma. En el departamento anterior donde vivíamos también teníamos una mesada de la cocina que no se secaba nunca. Pasaba el repasador después de lavar los platos y en general cada vez que apoyaba algo en la mesada. El mármol seguía húmedo. En esta cocina sigue siendo lo mismo, los secos somos los humanos, el mármol escupe agua.

—Me enrosqué con el profe de italiano.

—¿Te dijo algo? ¡No me contaste nada!

—No me dijo nada especial. Me obsesiona un poco. Quiero saber por qué está peleado con Federico, qué vino a hacer acá, por qué tiene cara de depresivo. Quiero saber si a mí me va a pasar lo mismo, si me voy a deprimir después de estar viviendo muchos más años acá.

—Yo creo que te estás transformando en una verdadera argentina porque todo el tiempo tenés ganas de irte del país.

—Me duele cuando decís eso.

—¿Sabés cuál es tu problema, Amanda? Que vos no querés ser de ningún lugar para seguir quejándote de que no perteneces a ningún país. En el fondo sos una insatisfecha y nada más.

A veces siento que Mario es como la voz de mi consciencia. Por eso no me molesta cuando me dice estas verdades. Creo que es lo que estoy buscando, una pared que ponga un límite a mi neurosis del desarraigo. Estaría bueno que fuera una pared de mosaicos psicodélicos, llena de plantas verdes que caen o suben, con algunas ventanas que dan vista sobre un mundo de seres fantásticos con frutas nuevas, pero es un muro cotidiano con algunos problemas de humedad.

Después de ser esa voz transcendental Mario vuelve a ser un simple mortal, un hombre de cuarenta que come ensaladas de frutas, se rasca el pelo sin darse cuenta y mira series nórdicas en Netflix.

Le pregunté a Mario si quería ponerle dulce de leche a la ensalada. Me contestó que no, que no quería empalagarse. Yo sí quería. Abrí la heladera y no encontré nada, tampoco en la

alacena. No quedaba más. Mario dijo de anotarlo en la lista de cosas que faltan. Agarré una birome rosa de mi mochila y anoté: dulce de leche y un poco de buena onda para Mario (a veces). El paréntesis te salva de cualquier generalidad de la que podrías arrepentirte luego.

Cuando uno se anota en un curso, es como si el tiempo se pudiera destinar solamente a eso durante esas tres horas. No sabía qué hacer ese día a la tarde, sentía que estaba traicionando mi agenda y Mario no estaba en modo coger. Para no perder totalmente el tiempo decidí releer los mensajes que me mandaba mi ex noviecito italiano en búsqueda de un error de comprensión de mi parte. Cuando uno vuelve a leer después de mucho tiempo los mensajes de un ex, siempre se da cuenta de que algo entendió mal en algún momento. Me crucé con la canción "*Promiscuità*" ya sobre el final de nuestra historia. *Niente legami ma solo affetto questione di letto/ questione di sigarette fino alle sette e poi nulla/ più.* Puse la letra en Google Translate: Sin ataduras pero solo cariño, es cuestión de cama, cuestión de cigarrillos hasta las siete y luego nada más.

Le pregunté a Mario qué opinaba de la canción, le pareció muy noventosa, sin demasiada explicación de lo que significaba eso. Me preguntó por la letra.

—Es una orgía, pero no estoy segura.

Apareció un mensaje de Whatsapp del profesor Zanetti en el grupo: "Para los que faltaron hoy, leímos la unidad 8. Para la semana que viene hay que repasar los auxiliares".

Decidí contestarle por privado: "Gracias por el resumen de la clase de hoy, perdón por haber faltado, tuve una complicación en el trabajo. Estuve pensando y estaría bueno ir a tomar algo, cuando estés disponible".

Me subió la adrenalina de la clandestinidad. Miré a Mario con más amor que nunca. Zanetti me contestó: "Me parece perfecto. Si estás disponible el sábado a las 15hs, podemos encontrarnos en el Celta Bar por Congreso, cerca del CUI".

Quedamos.

Esa noche soñé con Zanetti. Estaba en el Celta Bar, había llegado antes que yo. En mi sueño me acercaba despacito y lo asustaba con mi saludo como cuando uno quiere hacerle un chiste a un amigo que mira para otro lado, esos chistes

estúpidos de la infancia de los que nunca me pude deshacer. Zanetti con su espalda encorvada mirando el piso, levantaba la cabeza asustado y feliz. Le decía *Ciao, Vittorio* y pasaba al castellano. El bar estaba más bien vacío, una señora de pelo rosa tomaba un café con un tostado y un hombre con anteojos verdes leía el diario mientras terminaba un licuado que parecía de banana.

En el sueño también me costaba tutear a un profesor de mi edad. Llamalo cortesía francesa o timidez, yo lo atribuyo más a las ganas de idealizar a un otro, algo estructural que no se va cuando dormís. Hasta el día de hoy tengo que esforzarme para no poner tanta distancia, tutear y dejarme abrazar. Ahora por lo menos sé que es un tema cultural. Cuando era chica me llevé una confusión grande la primera vez que vine a Argentina y escuché que tuteaban a mi padre en todos los negocios. Tengo grabado el matambre enrollado y el carnicero que le decía a mi viejo: está muy tierno, te va a encantar. No sabía que era una costumbre, había llegado a la conclusión de que mi viejo tenía vínculos muy fuertes con mucha gente antes de irse.

En mi sueño quería que Zanetti me mirara las tetas, pero me miraba a los ojos a través de sus lentes retro de los años noventa que lo alejaban de cualquier intento de ser sexy. Me hacía la ingenua y le preguntaba:

—¿Querías que hablemos de algo especial?

—¿Es verdad que sos francesa? —me contestaba.

En el sueño tomaba una Sprite porque el café argentino le parecía *disgusting*, decía esa palabra en inglés. A mí me daba confianza y le contaba todo: nunca me tomé el avión de regreso a París y perdí el pasaje, no fue por decisión sino más bien una parálisis, que fantaseo con un día ser abuela y contarles a mis nietos que su abuela un día fue joven, se fue al otro lado del mundo y el día que se tenía que tomar el avión de vuelta, no lo tomó. Solo una abuela puede contar eso con orgullo. El coraje va de la mano con la estupidez. Le contaba también que fantaseaba con la idea de ser abuela sin pasar por la etapa madre y que él era como mi doble del desarraigo y que lo quería estudiar para saber qué me pasaba a mí con Argentina.

En el sueño Zanetti ignoraba totalmente mi monólogo

interior y me preguntaba:

—Estoy buscando alguien que me dé clases de francés porque me quiero ir a Canadá un tiempo. ¿Vos das clases? Te puedo cambiar clases de francés por clases de italiano.

Le contestaba muy racionalmente para ser un sueño que yo ya estaba pagando para las clases de italiano, que en todo caso lo tendría que pensar para más adelante para el próximo cuatrimestre. Le preguntaba si tenía alguna urgencia y me decía que no, que era un objetivo a mediano plazo. Me aclaraba que no es que se aburría en Argentina sino que era por una cuestión profesional, se había enterado de que Canadá era el único país del mundo con una Escuela Nacional del Humor y quería probar.

Hasta soñando Zanetti era definitivamente un misterio para mí. De afuera, absolutamente nada de él inspiraba humor, ni su espalda encorvada, ni su camisa a cuadros, ni sus anteojos *démodés*, ni su forma de hablar, absolutamente nada. ¿Dónde escondía el humor?

Yo le contestaba enojada que el humor es algo muy nacional, que le iba a llevar tiempo entender la cultura canadiense y el idioma para hacer reír allá.

Mientras le contestaba eso, me enojaba conmigo misma por ser tan cortamambo. Al fin y al cabo, ¿por qué me tendría que importar que Zanetti se fuera a hacer chistes a Montreal?

Estaba empezando a perder pie en esta conversación y no veía el borde de la pileta. Había que cortarla. Zanetti en el sueño fue más rápido que yo:

—Pensalo, no tengo apuro.

Me desperté, fui a servirme un vaso de agua. La mesada seguía mojada. Si bien la cocina era chica, sola en el medio de la noche parecía gigante. Aprendí que el insomnio sirve para escribir, pero desde la convivencia con Mario intentaba no hacerlo más.

Mi encuentro con Zanetti en la vida real fue mucho más higiénico que en el sueño. Llegué primera al Celta Bar, me pedí un café negro y una medialuna. Él llegó cuando ya había terminado de comer la factura. Se sentó y luego se volvió a parar para saludarme con un beso en el cachete. Levantó la mano y pidió una Sprite.

—Vivo justo enfrente pero igual llegué tarde porque estaba

esperando que el plomero termine un arreglo en la cocina, disculpame. ¿Llegaste hace mucho?

—Hace poquito, no te preocupes. ¿Se te inundó la cocina?

—Sí, pero hace una semana y fue el baño, dije cocina pero quería decir baño. Faltaba arreglar un caño que inundaba más que nada al vecino de abajo. Bueno, todo un gran lío.

—Entiendo. Espero que se resuelva pronto. ¿Vivís ahí nomás, enfrente?

—Sí, ahí, el edificio blanco. Primer piso, da a la calle.

—¿Y no es muy ruidoso si da a la calle?

—A mí me gusta el ruido, me gusta el ruido de la ciudad. Igual, no hay mucho ruido tampoco. Escucho a la gente que grita en la vereda, borracha, pero a los autos no tanto.

Sacó de su mochila una carpeta verde y la puso sobre la mesa.

—Ahí hay un tesoro —se rio solo.

No alcancé a preguntarme qué tipo de tesoros se podían esconder en una carpeta, la respuesta apareció inmediatamente cuando Zanetti la abrió y mostró un montón de cartas en papel amarillento.

—Es un tesoro sentimental o un tesoro histórico. Necesito ayuda de alguien que hable francés para pasar estas cartas en limpio. Creo que mi abuela tenía un amor secreto con un francés, que después se escapó a Argentina, y que mi madre fue hija de ese amante, no de su padre. Tengo solo las cartas de él, no tengo las de mi abuela, porque obvio se las mandó a él. Necesito que alguien me ayude a traducir estas cartas.

—¿Vos viniste a Argentina para buscar al amante de tu abuela?

Zanetti se pasó la mano por el pelo, se sacó los anteojos antisexo, me miró a los ojos y dijo:

—Yo vine a Argentina porque no encontraba trabajo en Italia, yo soy profesor de italiano pero allá no había más trabajo para mí. Fue en mi último viaje, que coincidió con la muerte de mi abuela, que encontré estas cartas.

Después me explicó que en realidad fue su madre la que encontró las cartas y se las dio a él, porque si bien ella no habla francés, entendió que las cartas mencionan a Argentina y entonces algo podía interesarle.

—¿Por qué pensás que es un amante de tu abuela? —le

pregunté tontamente mientras agarraba una carta para leer.

—Leé, son todas cartas sexuales.

—¿Pero vos leés francés? ¿Si ya las entendiste por qué me necesitás?

—No, lo que hago es adivinar el francés, vos sabés que es un idioma entre el italiano y el castellano, pero las escenas de sexo son muy claras.

—¿Querés que traduzca al castellano todas las cartas, eso querés?

—Sí, eso necesito.

Zanetti ofreció darme clases de italiano a cambio, clases particulares y gratuitas.

—Lo voy a pensar —dije—, yo no sé si quiero seguir profundizando el idioma.

Lo que más me interesaba de ese trabajo era escribir escenas de sexo en castellano. Hace un tiempo que quería eso, salir del idioma infantil, hacerlo crecer. Tal vez era una confusión, un error, una equivocación, pero pensaba que el idioma es como el cuerpo: crece, tiene necesidades, ganas, deseos. Mi castellano tenía ganas de crecer pero no sabía cómo. El camino de la filosofía nunca fue útil para mí, ni siquiera en francés. Años atrás, intenté escribir escenas de sexo de la nada en mi casa, escenas reales y otras imaginarias.

Todavía tengo el archivo de Word en el escritorio de mi computadora. El primer texto fue este:

Escena de sexo en castellano: Tengo su pija en la boca y me encanta. Voy y vengo con mi boca y mi lengua. Despacito, rápido, despacito de nuevo, acelero la pasada de lengua y meto la pija en el fondo de la boca. Acerco mi cabeza a su panza. Estoy arriba de él. Quiero que llegue, que me acabe en las tetas. Quiero sentir leche tibia sobre mis tetas. Él no quiere eso, no saca su pija de mi boca antes de eyacular. Me agarra, me da vuelta y me mete un dedo en el culo. Estoy muy excitada. Con esta escena, estoy haciendo crecer mi lengua materna.

Hice un par más pero después me enteré de que una revista inglesa tenía un premio a la peor escena de sexo en novelas y me sentí una ridícula. Sentía que me faltaba mucho y dejé de intentar. Tal vez esta propuesta de Zanetti era una nueva oportunidad para hacer crecer el castellano.

Le pedí a Zanetti si me podía llevar las cartas para pensarlo y se las devolvía en la próxima clase, pero no quiso.

—Es un tesoro te dije, no te las puedo dejar. ¿Y si las perdés? ¿Si se te cae café encima?

Tenía razón. Le pedí que eligiera dos al azar y les saqué una foto para leerlas tranquila el fin de semana antes de darle una respuesta. Recién cuando volví y le conté a Mario esta historia me preguntó si la abuela de Zanetti sabía hablar francés o si cogía con este tipo sin hablar el mismo idioma. Igual son dos lenguas parecidas, lenguas romances, algo debían entender del otro, le contesté sin saber.

10.

Basta una sola canzone, per far confusione/ fuori e dentro di te/ e vola vola si va, sarà perché ti amo/ e vola vola con me/ Il mondo è matto perché/ e se l´amore non c´é/ Basta una sola canzone…

Llegué apenas tarde pero ya había empezado la clase. Estoy empezando a sospechar que Zanetti arranca las clases no puntual sino cinco minutos antes del horario, solo para joderme. Me senté al lado de Antonio, en el primer asiento cerca de la puerta. Todos escuchaban –en un silencio que escondía el desinterés o la concentración– el hit que salía de un parlante verde oscuro sobre el escritorio. Zanetti estaba apoyado sobre la pizarra. No se le movió ni un pelo, por lo que deduje que me había mandado un saludo telepático.

—Ay, a mí me encanta —dijo Antonio cuando terminó la canción—. Está toda Italia ahí.

¿Qué será toda Italia?, pensé. Se me escapó un a mí también me encanta, en voz alta.

Zanetti pidió que habláramos en italiano.

—*Amo la canzone, Italia è un paese molto felice* —dijo Antonio muy inspirado.

Yo no sabía cómo decir que la *canzone* me daba ganas de que nos levantáramos todos para bailar sobre las mesas individuales de la sala de clase, en ese tercer piso de un viejo edificio de Once, al estilo de la serie *Fame* que tanto admiré en la infancia. Pero no conocía la palabra "sobre". Parece fácil, pero si te falta la preposición "arriba de" o "sobre" es un abismo en la comunicación. No por nada lo que uno aprende en inglés en las primeras clases es a decir dónde está el gato, si está "*on the table*" o "*under the table*". En italiano todavía no habíamos aprendido a situar a las mascotas. Habíamos aprendido el presente del indicativo, los artículos determinados e indeterminados pero ninguneábamos las

preposiciones. Primero no conocer las preposiciones y luego equivocarse. Este es el camino del aspirante a un idioma nuevo. Eso significa que en un primer momento te callás y después te tirás a la pileta sin flota-flota. Yo me quedé mucho tiempo en esa primera etapa en castellano y parecía seguir el mismo camino con el italiano.

—*Perché ti piace la canzone?* —preguntó Zanetti.

—*Non so, e tu?*

—*Non mi piace, è troppo facile, como ascoltare a Marco Antonio Solís* —concluyó Zanetti.

El cantante de no hay nada más difícil que vivir sin ti tenía varios fans en la clase que se indignaron con la respuesta del profesor. Antonio empezó a cantar, te extraño más que nunca y no sé qué hacer. Samanta dijo que era la canción favorita de su mamá y Calzones Verdes agregó: menos mal que Marco Antonio no es argentino porque si no nos íbamos directo a las manos.

Algunos (el vendedor de almohadones y la arquitecta) salieron a decir que Marco Antonio Solís era un poco grasa y que la canción italiana que nos había puesto Zanetti también. Yo no sabía por qué Zanetti nos hacía escuchar esa canción italiana de Ricchi e Poveri porque había llegado tarde, así que no podía aportar nada al debate.

No llegamos a ninguna conclusión porque justo entró Federico con un pantalón de cuero negro y una camisa azul de mangas cortas con anclas blancas, no saludó, fue directo a donde estaba Zanetti y le dijo furioso:

—¡Lo estaba buscando por todos lados y vos lo sabías! Lo tuyo es una falta de respeto, me tendrías que haber avisado.

Zanetti se quedó inmóvil, en plena flagrancia de algo que no sabíamos qué era. Parecía que él tampoco sabía.

—*Ma dai, Federico… la porta*.

Contestó en italiano con la calma de un jardín japonés, algo que no entendí, salvo por la *porta* del final. El único indicio de que acá pasaba algo era que había dejado de apoyarse en la pizarra, su espalda seguía un poco encorvada pero sin sostén.

—¡Golpeé la puerta pero nadie me contestó!

Con las manos exaltadas que se movían como las del Hombre Araña pero sin tela mágica Federico se dio vuelta y

nos miró a todos.

—*Scuzzi, ragazzi*. No los quería asustar. Estoy buscando mi parlante como loco hace dos horas y no lo encuentro por ningún lado y paso por acá y —pausa— escucho que lo están usando.

Esta última parte la dijo mirando a Zanetti.

Antonio, que siempre tenía algo para decir –y ya lo estaba empezando a admirar y odiar por eso– comentó la situación sentado en su sillita:

—No, Federico, no. No hace dos horas que estamos acá, recién empezamos.

Calzones Verdes me miró desde el otro lado de la clase como pidiendo ayuda para salir del aula e ir a tomar una cerveza. Yo lo miré igual pero también quería quedarme acá y entender de dónde venía la rabia de Federico. ¿Era una rabia como la rabia normal que todos tenemos en contra de los jefes o de la jerarquía? ¿O era una rabia personal en contra de Zanetti? ¿O era un mal día y a veces pasa que uno se la agarra con la persona que más cerca está? ¿Qué tan cerca estaban Zanetti y Federico? Mi curiosidad explotaba como los pochoclos en una película de terror.

—*Scuzzi, Federico, non sapevo que essi checando il parlante. Lo visto sul tabolo e non chi ho pensato* —dijo Zanetti en la misma postura anterior, la del jardín japonés.

—Es robo, una falta de respeto —gritaba Federico, gesticulando.

Zanetti juntó las dos manos como para pedir algo a dios e intentó hablar:

—*Ma, Federico, non e…*

—No hay excusa, este parlante es mío, todo el mundo lo sabe, es mi instrumento de trabajo. Es mi trabajo, Zanetti, mi trabajo. Este parlante es mi trabajo, tra-ba-jo.

—*Scuzzi…*

—No te perdono nada, ¿entendés? ¡Nada!

Me pregunto si Zanetti le contestaba siempre a Federico en italiano para marcar su superioridad de nativo o porque le salía hablar en su lengua materna cuando alguien lo venía a pelear. Creo que el peor idioma para pelearse con alguien es el alemán, porque como el verbo siempre va al final, hay que esperar a que terminen la frase para saber qué quieren decir.

Entonces nadie le corta la palabra a nadie porque si no no se sabe de qué va la frase. Acá Federico no dejaba que Zanetti terminara ninguna frase, tenía muchas pero muchas ganas de pelear.

—¿Saben tus alumnos que sos un ladrón?

Ya era incómodo para todos a tal punto que Antonio, sentado más cerca de la puerta, salió del aula sin decir nada y casi me pisa el pie. Los demás nos quedamos mirando la telenovela como adolescentes.

—Me quedé callado, eh… Me las tragué todas, pero sos un cagón, Vit. Te la re creés con tus anteojos de intelectual pobre. ¿Pero quién te creés que sos, Gramsci? Mussolini sos, Mussolini. No renuncio para no darte la razón, pero la gente ya se va a dar cuenta de quién sos y lo vas a perder todo.

La columna vertebral de Federico estaba derritiéndose como un helado a pleno sol. Gritaba desde el ombligo, se quedaba sin aire. Iba doblándose en dos, como un cantante de los años sesenta muriendo de amor en el escenario. Yo no entendía cómo habíamos llegado hasta ese punto.

Zanetti se acercó a Federico a pasos rápidos. Pensé que lo iba a callar, ponerle la mano en la boca, tirarlo al piso y pegarle una piña. Calzones Verdes debe haber pensado lo mismo porque se paró y dio un paso adelante como para ir a parar la pelea. Pero Zanetti agarró con fuerza a Federico por los antebrazos y lo llevó contra él para abrazarlo.

Federico se debatía al sonido de *stronzo, stronzo*, no me toques… Es mi trabajo, es mi trabajo. Hasta que escuchamos los sollozos.

Zanetti era más alto, su abrazo parecía el de un hermano mayor. Los sollozos eran de los dos. Nos levantamos todos y en silencio salimos al pasillo. Yo no lo escuché, fui de las primeras en salir porque estaba cerca de la puerta, pero Calzones Verdes contó que Zanetti le dijo a Federico que sabía que era su parlante porque solo él tiene uno. También le dijo que era un profesor increíble y que no le había robado el puesto de jefe de cátedra, que se lo habían dado a él porque es nativo pero que Federico era mejor.

Las aulas del CUI, en este viejo edificio de Once, están a mitad de camino entre las aulas de Sociales de la UBA y las de una escuela secundaria privada. No tienen grafitis de

izquierda ni de derecha en las paredes ni en las mesas, y no son tan pulcras y modernas como las aulas que limpian las empleadas de los colegios San Algo o de los campus americanos expatriados en Argentina. Son aulas más bien chicas, con cortinas que andan mal, pizarras con marcadores que no escriben más, una iluminación como la luz del consultorio del dentista que no renueva sus herramientas desde los noventa. Al lado de la pizarra hay un estante con un lector de CD. Con eso se trabaja en las clases con Zanetti, con el CD que acompaña el libro, los diálogos que hay que escuchar, las palabras que hay que adivinar porque siempre hay un ejercicio con una frase que completar escuchando el diálogo completo. Pero Federico tiene su propio material, nos hizo hacer juegos, escuchar canciones con su parlante conectado por bluetooth a su playlist del celular. Trajo sus propias fotocopias y nunca tuvimos que abrir el libro. No sé quién era el jefe de cátedra antes de Zanetti, no sé cuáles fueron los criterios de ascenso: ¿usar el libro?, ¿usar CDs? Probablemente haya sido ser nativo, sí. Eso nos lo había advertido Federico cuando apareció Chiara, los nativos salen más caros.

Hay gente que se enamora de su propio idioma, como la mayoría de los escritores o gente de letras que pasan toda su vida sufriendo y disfrutando del orden de las palabras, de las comas, la sintaxis, esa gente que profesa la gramática en las aulas de los colegios o en la cena de amigos o los talleres de escritura. Se sufre en ese amor. La gente que escribe libros, artículos, poesía, canciones, obras de teatro, gacetillas de prensa, publicidades, blogs, guiones, diálogos, cuentos, goza y sufre al mismo tiempo con las palabras. Pero enamorarse de otro idioma es desde el inicio una relación tóxica. El otro idioma te deja acariciarlo, tocarlo, darle un besito incluso, pero estás del otro lado de la vidriera siempre. Vas a pagar un costo muy alto para llevarlo a tu casa, para desayunar con él, lavar los platos juntos y tal vez ducharse. El otro idioma siempre tiene algo que hacer, en algún momento se tiene que ir y siempre es demasiado pronto. El otro idioma ya tiene familia, ya está casado, tiene su propia academia y sus mascotas. El otro idioma está disponible primero para los nativos y después para los locos.

Nos quedamos en el pasillo otros cinco minutos para ver si pasaba algo más que requiriera una asistencia, como por ejemplo un intento de homicidio de Federico o de Zanetti, pero en el pasillo las palabras parecían un murmullo y no había sangre corriendo por debajo de la puerta.

Calzones Verdes y yo fuimos los últimos en bajar. Quedaban Antonio y Samanta nada más, los demás se habían escurrido.

—Para mí son amantes —dijo Antonio parado en la vereda con su maletín en la mano derecha—. No te ponés así por un trabajo, acá pasa algo más.

—Ay, me encanta que sean amantes. Si es así no hago nada —dijo Samanta.

—¿Qué querías hacer? —pregunté.

—Pensaba mandar un mail a la dirección para reportar el incidente. La verdad es que yo pago por las clases… Necesito aprender italiano, me voy en un mes, o sea, no me puedo perder una clase, ¿entendés?

—Para mí, por cómo es Zanetti nos va a escribir para recuperarla —dijo Calzones Verdes.

—Además se viene el Mundial, es un chino organizar horarios para recuperar —siguió Samanta—. Yo tomo clases de teatro y estamos organizando la muestra anual, y no hay forma de que acordemos tres fechas porque no sabemos hasta dónde va a llegar Argentina y también están los que quieren ver todos los partidos.

—Sí, es verdad —siguió Antonio—. Yo cancelé mi turno del dentista del martes que viene por el partido.

Samanta explicó lo importante que era para ella ver todos los partidos porque como basquetbolista profesional son importantes también los otros deportes de alto nivel. Antonio le preguntó por qué no viajaba a Qatar y ella le dijo que no iba justamente para terminar con las clases de italiano, que era su prioridad hasta diciembre. Quise indagar sobre su interés por el teatro, siendo una deportista de alto nivel, pero mi pregunta quedó rebotando en la atmósfera pesada de ese martes un poco especial donde parecía que nada era tan importante como la pelea de dos amigos, y ni siquiera. No sé si no me escuchó o no me entendió pero Samanta me ignoró totalmente y seguimos escuchando a Antonio contar sus

problemas de tratamiento de conducto y el sacrificio de cancelar su turno por el Mundial.

Pasó Alberto sin vernos pero le grité “Alberto, ¿qué hacés?”, y se detuvo.

—Estoy llegando tarde —dijo.

—Esto no es tarde, es muy tarde —comentó Calzones Verdes y Alberto explicó que había tenido un problema en su trabajo. Iba a retomar su ruta para subir a la clase pero lo paramos todos y Antonio le avisó que se había suspendido la clase porque había habido una pelea entre Federico y Vittorio. Alberto parecía no entender nada, pero nosotros tampoco así que nadie explicó nada.

Entonces se escuchó la sirena de una ambulancia que tapó el silencio con el que se despidió Alberto, que se dio media vuelta y se fue.

La ambulancia pasó por delante de nosotros pero no paró.

—Menos mal —dijo Calzones Verdes.

—Yo también me voy a ir —dijo Antonio—. ¡Espero que Vittorio mande mail hoy porque no me voy a poder dormir antes de saber qué pasó!

Samanta agregó que no querría estar en el lugar de Federico y tampoco en el de Zanetti.

—Perdieron el control de la situación, es muy difícil volver de ahí.

Samanta era alta, flaca, con el pelo rubio atado en una trenza robusta como una liana. Tenía la postura segura, bien derecha, zapatillas Nike, calzas Adidas, remera Puma, campera Le Coq Sportif. No vi sus medias.

Calzoncillos Verdes ofreció ir a tomar una cerveza pero rechacé su oferta y Samanta también.

—Necesito volver a casa y descansar, siento que me pasó un camión por encima —dije.

Samanta quiso aprovechar para pasar por la casa de su mamá, que vivía cerca.

Nos estábamos saludando con un beso todos cuando pasó Zanetti, solo. Nos ignoró totalmente o no nos vio, porque no tenía puesto sus anteojos. Cruzó la calle y se esfumó en el mundo gris de las veredas de Once.

—Bueno, por lo menos uno de los dos sobrevivió —dijo Calzones Verdes.

Me daban ganas de quedarme esperando a ver si bajaba también Federico, pero Calzones Verdes me convenció de que no había que ser tan chusma.

Esa noche, llegaron dos mensajes casi al mismo tiempo. El primero decía: “Queridos alumnos, quiero pedirles disculpas por el incidente de hoy a la tarde. No quiero que haya malentendidos, Vittorio Zanetti es un profesor de gran calidad académica y personal. Además es una persona en la que confío totalmente. Les pido disculpas por haber perturbado el curso y atrasarlos en el cronograma tan complicado de este fin de año del Mundial. Cariños, Federico”.

El segundo mail decía: “*Cari studenti,* a raíz de un incidente en el curso no he podido dar la clase como corresponde y les solicito disculpas por eso. Dado que se trata de un fin de año complicado con los partidos del Mundial y conozco el interés de muchos de ustedes por ese tema, decidí no agregar otra clase de recuperatorio pero agregarles una hora a las dos clases que quedan. Cariños, Vittorio”.

A los diez minutos me llegó otro mensaje, esta vez a mi sola. Zanetti me preguntaba por mail si había tomado una decisión en cuanto a la traducción. No me decía nada más.

Las cartas del amante de la abuela tenían manchas al igual que las tienen los abuelos en las manos cuando van envejeciendo. La primera carta que tenía yo era del 21 de junio de 1950: el primer día del verano escribía el amante. *Ma petite abeille, ton sifflement travailleur retentit encore dans mes oreilles et m’accompagne dans ma solitude du dimanche soir.* (Mi pequeña abeja, tu silbido trabajador retumba aún en mis oídos y me acompaña en mi soledad del domingo a la noche). *Je t’ai rêvée hier, encore fraîche et endormie sous les draps de notre future chambre*. (Soñé con vos anoche, aún fresca y dormida debajo de las sábanas de nuestra futura habitación). *Je rêve de notre future, de notre maison á la campagne, de nos kjhfd…* (Sueño con nuestro futuro, nuestra casa en la campiña, nuestros jkhk no entiendo la letra…). Nada muy excitante, alejado de mi imaginario sobre la vida de los amantes. Las escenas eróticas tampoco estaban tan bien contadas. En la primera carta decía que para él no había nada más excitante que eyacular sobre sus senos blancos, que

ahora se los imaginaba mientras miraba el techo blanco de su habitación, solo como un muerto. Le decía que esta imagen le devolvía la vida, que ella era lo más vital que nunca le había pasado, que estaba triste de tener que esperarla tanto tiempo. En la otra carta, del 16 de agosto de 1951, o sea más de un año después, le rogaba volver a verse, prometiéndole que no habría más accidentes. Entiendo por accidente que le acabó adentro sin avisar, pero quién sabe. A lo mejor llamaba accidente al haber sido descubiertos por un vecino mientras se besaban a escondidas en la calle atrás de un árbol o a algún escándalo que le hizo en la calle a la hora de separarse. También el amante le decía que todo es bueno porque todo lleva a la evolución. ¿Qué estaría pasando entre ellos? ¿O era algo que estaba pasando en el país? Me topé con un desconocimiento total de la historia italiana de esa época y tuve que buscar en internet. El propio Google tenía un listado de preguntas sobre Italia que aparecían con la búsqueda "Historia italiana años 50": ¿Qué pasó en 1950 en Italia? ¿Cómo era Italia antes? ¿Quién colonizó Argentina Italia? ¿Qué pasó en Italia en 1943? ¿Cuándo Italia traicionó a Alemania? Perdí más tiempo abriendo todas estas preguntas que traduciendo las palabras del amante francés. Hacía el ejercicio de imaginar las cartas en las manos de una joven italiana que vive en un pueblo escondido entre las montañas. En mi mente, la abuela de Zanetti era colorada con el pelo largo y siempre suelto. Una *ragazza* que se encamaba con el extranjero del pueblo que le escribía en una lengua que ella no entendía. O a lo mejor la abuela de Zanetti era la profesora de italiano de este chico o él era su profesor de francés y por eso le escribía en su idioma las cartas. Coger en otro idioma es un buen ejercicio para aprender una nueva lengua. ¿Qué hacía un francés viviendo solo en las montañas de Italia en los años cincuenta?

No tenía ganas de traducir las cartas del amante de la abuela, me parecía que no iban a hacer crecer mi castellano. Lo único que crecía era mi curiosidad por Zanetti, su abuela, su abuelo, su país, sus sollozos con Federico, sus manos. Había que cortar por lo sano, como dicen los argentinos para explicar que no hay que meterse en quilombos cuando los podés evitar. Le contesté a Zanetti que había leído las cartas

pero que prefería no traducirlas porque sentía que me faltaba información sobre la vida en Italia en los años cincuenta. No recibí ninguna respuesta, la semana transcurrió sin noticias. Me enfoqué en Mario y su obsesión por prepararse para el Mundial, conseguir camisetas para todos, liberar su agenda, hablar con sus amigos de cábalas. Yo me hacía la que sabía pero no estaba segura de entender de lo que me hablaba, no sabía qué eran las *kabbalah*, intuía que algo parecido a una superstición pero también entendía que era algo más fuerte que esto, una ley. Mario me explicó que en el Mundial anterior Argentina había perdido y él tenía un sillón rojo y lo había vendido porque estaba convencido de que algo tenía que ver con el fracaso de la selección.

No viví ese periodo con él, lo conocí dos meses después. Era nuestro primer Mundial, Mario estaba convencido de que Argentina iba a ganar y de que iba a ser gracias a todas las promesas que él y sus amigos hacían, y porque iba a respetar las cábalas más fuertes que nunca. Su cábala número uno era ver los partidos en la casa de su amigo Simón, junto con sus otros amigos de la secundaria. Los conozco a todos de haberlos visto en asados de cumpleaños pero no nos vemos mucho. La segunda cábala de Mario era comprar exactamente las mismas papas fritas, de la misma marca y el mismo tamaño y las mismas cervezas para cada partido de Argentina. También había que servirlas en los mismos vasos (cerveza) y los mismos bowls de plástico (papas fritas). Mario me contó que iba a ir vestido con la misma bermuda a cada partido, iba a ducharse siempre antes de salir, con el mismo shampoo. Se iba a sentar siempre del mismo lado del sillón de Simón, un sillón color mostaza, y Mario iba a elegir estar sentado del lado del balcón para poder salir rápido a gritar cuando hubiera *goal*. Una cosa más importante era que Mario le iba a decir a Simón que no podía cambiar de lugar ninguna planta de su casa ni ningún mueble del living en todo el tiempo que dura el Mundial. Todo esto que me explicó Mario que son las cábalas yo lo llamo tener TOCs, como el TOC que tenía de chica cuando tenía que cerrar la persiana de una manera específica a la noche porque si no se iba a incendiar el departamento mientras dormía.

El sábado a la noche Mario volvió de la reunión preprimer

partido del Mundial en la casa de Simón y me dijo que otra regla de la cábala era que no viéramos los partidos juntos, ningún partido. Me lo dijo acostado en la cama, los dos en pijamas reciclados de dos remeras viejas y shorts a punto de morir. Me quiso convencer de que era una decisión totalmente razonable y que no tenía nada que ver con el amor. Él quería que Francia perdiera todos los partidos y pensaba que yo me iba a ofender si lo veía enojarse con mi país. Me dijo que en Argentina no se ve un partido con alguien que no hincha por lo mismo. Yo no sabía eso, siempre me sumé a la hinchada mayoritaria o aviso que soy de Ferro y a nadie le importa, una hinchada que por lo general no molesta a nadie. Mi interés por Ferrocarril Oeste nació por el desafío que representaba decir el nombre completo sin trastabillar porque tantas "r" en las mismas palabras era algo absolutamente prohibitivo. Ferro es útil para cambiar de tema y en algunos casos te encontrabas con un ex alumno de la colonia de Ferro y la conversación se desviaba por ahí, la amistad para toda la vida. Hasta el día de hoy es un recurso que me sirve porque trae a la conversación un dato que sorprende. Se piensa que todos los extranjeros son hinchas de Boca pero nadie se imagina a un extranjero hincha de Ferro. Eso permite arrancar la charla desde otro lugar. Ni hablar del hecho de no lograr pronunciar bien el nombre del equipo por el que uno hincha. Ser de Ferro es como ser de Suiza, no hay ejército, toca Silvio Rodríguez en la cancha de Ferro, ser de Ferro es pasar desapercibido, no lastima a nadie.

Así sobreviví sin problemas futbolísticos estos diez años en Argentina, pero nunca tuve que ver un partido con nadie, salvo por los partidos del Mundial y siempre hinché por Argentina. El planteo de Mario me dejó frente a un precipicio arriba del océano lleno de ballenas. Dudé de si me había escuchado todas las veces que le conté que cuando yo era chica Francia no clasificaba nunca para el Mundial y entonces nosotros hinchábamos todos por Argentina. En el 98, cuando Francia clasificó por primera vez, nos alegramos pero igual hinchamos por Argentina y por Jamaica. Es cierto que festejamos cuando Francia ganó la copa ese año pero no era solo por haber ganado, era porque en el equipo había muchos hijos de inmigrantes, y por primera vez creímos en el mensaje

revolucionario de que podías ser migrante y ganar.

Zidane, Thierry Henry, Lilian Thuram, Youri Djorkaeff, Marcel Desailly, Patrick Vieira, no importaba que la mayoría hubieran nacido en Francia, era la primera vez que estos apellidos y hombres de otro color ocupaban el podio francés del ciudadano ilustre. Sin hablar de que el equipo francés contaba con David Trezeguet, directamente franco-argentino. Habíamos ganado, Francia era los suburbios y no solo la Torre Eiffel rubia y los *macarons for export*. Ganamos la Francia del *couscous*, la de los controles de identidad en la calle, la Francia a la que se llega en barco, la del medio del océano, la Francia colonizada, la Francia que se viste en Tati, la que vive de a cinco con la puerta abierta en un monoambiente del metro Poissonerie, la Francia de los suburbios de Marsella, la que se deja en el verano para ir a ver a la familia que quedó en el *bled*. Ganamos la Francia a la que siempre se le pregunta de dónde viene, a la que le preguntan cómo obtuvo la ciudadanía francesa si sus padres nacieron en el extranjero, la Francia a la que le hubiese gustado llamarse Emilie, Stéphanie, Romuald, Lucien. La Francia que se hartó de explicar cómo se pronuncia su apellido, la que tiene miedo cuando se acerca la policía, la que nadie sabe qué hacer con ella. Es esa Francia la que ganó el Mundial 98, y hacía mucho que en este país no quedaban banderas para los ciudadanos que no pertenecían a la extrema derecha.

A Mario yo ya le había contado mi versión de los hechos: hay mucha diferencia entre Argelia y Argentina pero los hijos de argelinos o de argentinos nacidos en Francia tenemos en común un mito del desarraigo, la existencia de un paraíso original del que bajaron a nuestros padres de un hondazo que no sabemos bien quién lo dio, ni por qué. Los argelinos que viven en Francia son como yo, tenemos el culo entre dos sillas pero ellos tienen una palabra para hablar de ese otro país. Dicen el *bled*, Argelia es el *bled*. Después de que vine a Argentina, después de que mis padres se opusieran mucho tiempo a mi capricho, mi padre me dijo:

—Entendí, Argentina es tu *bled*.

Yo me puse contenta de que pudiéramos poner una palabra, una que fuera mía, sobre este país. Los argentinos no

son la minoría inmigrante mayoritaria de Francia. Mis compañeros árabes del colegio o de la facultad nunca me creían cuando les decía que mis padres eran argentinos, pensaban que eran portugueses o españoles. Argentina era demasiado groso para ellos, era Maradona.

Cuando Mario me dijo que no podía ver ningún partido del Mundial conmigo porque su deseo era que perdiera Francia sí o sí y nunca tuviera que jugar contra Argentina, le volví a decir que a mí no me generaba conflicto que él no quisiera que gane Francia y que yo iba a hinchar por Argentina como lo había hecho toda la vida, sin conflicto tampoco. En realidad el conflicto era él, sus nuevos TOCs mundialistas y sobre todo su arraigo, que no era el mío. Para mí era una cuestión de honor ya, no tener arraigo. Era más que una forma de vivir, era una identidad. Me gustaba poder hinchar por otro país en el que no había nacido, me gustaba querer aprender un idioma y ser una boluda por mucho tiempo. Me gustaba esa falta de certeza sobre lo que me identifica. Al final de todo, estaba eligiendo esto al dejar pasar el tiempo y no volver.

El conflicto exige demasiadas palabras, no estaba en condiciones de vivirlo a fondo en pijama en plena noche, así que lo dejé pasar. Al final era solo el Mundial, posta, ¿me iba a pelear con mi novio por un tema del Mundial? Lo dejé pasar pero pensé en mi venganza, pensé si iba a poder ver los partidos con alguien.

No volvimos a tocar el tema ni volvimos a tocarnos.

El domingo y el lunes transcurrieron en casa con Mario, como si no hubiese pasado nada. Picaban un poco los ojos y la panza cuando mencionaba el primer partido a las 7 de la mañana del martes, repetía para convencerse a sí mismo que se iba a ir temprano a la casa de Simón y su decisión determinada de llevar cervezas y papás fritas sí o sí, por más que fuera el desayuno. Yo no estaba al tanto del fixture del Mundial pero ya sabía que nos íbamos a ver poco esa semana y que tenía que hacer la mía. Independencia total para sobrevivir.

11.

Seguía sin noticias de Zanetti cuando llegó el día de la clase. Mario había ido a ver el partido a lo de Simón a las 6:30 de la mañana y yo me había quedado sola en casa. Samuel estaba con su madre porque no había ninguna cábala que pudiera interferir en los días de tenencia del niño. Mario me había mandado un mensaje después del partido para decirme que se iba directo al trabajo y que nos veíamos a la noche. No me atreví a escribirle al profe y esperé como si fuese un día normal a que se hicieran las siete de la tarde. Llegué diez minutos antes de la hora con la esperanza de cruzarlo y charlar un rato. No fui la única con esa idea, ya estaban Samanta, Alberto y Yanina, la médica de terapia intensiva. Zanetti estaba hablando con ellos del incidente de la semana anterior. Es un año muy difícil, decía, estamos todos sobrepasados. Federico tenía un *surmenage* de larga data. Yanina contó que a ella le había pasado algo parecido, que lo llamaba *burn out*, que directamente había entrado en un estado de no poder hacer ningún esfuerzo, hasta lavarse los dientes y ducharse era agotador. No podía pensar, le dolía. Según ella todo era culpa de una jefa que no podía parar y exigía lo mismo de los demás. Con esta explicación del *surmenage* terminó oficialmente el conflicto entre Zanetti y Federico. La punta del iceberg del Titanic italiano era el cansancio, no todos los sentimientos que se esconden atrás del esfuerzo para salir a flote.

—Pobre Federico —dije—, es horrible el *surmenage*.

Con esa frase idiota sentí que recuperaba la pelota en el medio de la cancha y podía empezar a jugar en la charla. Zanetti me miró como un policía a punto de hacer un control de identidad: alegría y fiaca a la vez. Yo tenía puesta mi campera Adidas, la que me hace sentir acompañada y fuerte, la que saco del placard cuando estoy muy deprimida. Me crie

en Francia donde lo que te ata a este mundo y ese país es Adidas o Nike. Toda la vida había soñado con tener una campera Adidas, esta era la primera. El día que la compré me miré al espejo y dije en voz alta: Llegaste, Amanda, llegaste. Regalé mi campera trucha, la que les había comprado a los manteros de Acoyte y Rivadavia, y usé la verdadera, la nueva, lo más que pude. Hasta el día de hoy cuando hace mucho calor, si estoy muy bajón, prendo el aire en casa para poder usar la campera.

Seguí contando pavadas inventadas o mitad imaginadas y mitad reales, dije que el *surmenage* es la causa de muerte número uno en Japón. La gente puede llegar a morir trabajando porque están tan exigidos que se desconectan totalmente de ellos mismos y no se dan cuenta de lo mal que se sienten. Hasta se olvidan de comer y dormir. Es realmente peligroso.

Zanetti contestó que no era el caso de Federico, que el *surmenage* no es solo con el tema laboral, a veces la vida obliga a tener muchos frentes abiertos y eso también agota. Aclaró que no quería entrar en detalles porque era algo de la vida privada. Ahí entró Antonio con una cara de cansancio infinito, parecía una alfombra roja después de un festival de cine.

—Perdón por llegar tarde, es el tema del partido, arranqué tarde… Bueno, ¿qué vamos a hacer? Casi no vengo, no sé cómo aguantar las tres horas.

—No te preocupes, Antonio, tengo en cuenta que es un día difícil y un fin de año complicado. No vamos a hacer nada muy complicado hoy. Vamos a ver el tema de los adjetivos calificados. También pensé que podríamos no hacer pausa y terminar media hora antes, si están de acuerdo.

Miré el reloj, 19:03. Éramos cinco alumnos, faltaba Calzones Verdes. Zanetti arrancó, escribió en la pizarra *c'è* y dijo que esto significa hay. Quería que lo viéramos la semana anterior pero no había llegado a explicarlo. En plural se dice *ci*. Dio ejemplos:

C'è uno sconto per anziani?

Ci sono sconti per anziani?

¿Hay descuentos para ancianos?

También nos enseñó *se posso*, que significa puedo, y *si può*

pagare, que significa se puede pagar. En realidad todo esto lo habíamos visto la clase anterior pero no había sido explicado, simplemente era algo que habíamos asimilado porque sí.

Antes de arrancar con los adjetivos Zanetti nos enseñó el verbo *raggiungere*, que significa alcanzar. En la pizarra escribió *Ragazzi sino in ritardo, vi raggiungo fra 10 minuti.* Y también puso *Ci vuole una vita per raggiungere la perfezione.* Es útil aprender expresiones enteras así. En castellano me facilitó mucho la vida, el horno no está para bollos y estoy con pocas pulgas, nada que ver con la perfección pero sirvió.

En todo ese tiempo no volvió a aparecer nadie en la clase, o sea éramos menos de la mitad. La deserción podía ser por el partido –el día había arrancado muy temprano– o por el incidente de la vez pasada (¿están todos locos?). Los que estábamos seguíamos con atención y en silencio mientras Zanetti parado al lado de la pizarra era el protagonista principal de ese encuentro. Era como si el conflicto con Federico le hubiese hecho bien, se lo notaba seguro de él mismo, un poco menos encorvado que de costumbre, la sonrisa aparecía de tanto en tanto. Descubrimos que Zanetti sabía sonreír. Le escribí a Calzones Verdes para saber si iba a venir y me contestó que estaba muy deprimido después del partido, no iba a salir hoy. Preguntó cómo estaba todo y si le podía pasar lo que íbamos a hacer.

Zanetti era profesor pero no le gustaba dar explicaciones. Para enseñarnos los adjetivos escribió en la pizarra:

Il posto è tranquillo
I posti sono tranquilli
Le torte deliziose
La torta deliziosa

También dijo que cuando el adjetivo termina en "e" es *per lui* o *per lei*, como por ejemplo *professionale*, *amichevole*, *gentile*. En plural todos estos adjetivos terminan en "i". Agarramos el libro e hicimos el ejercicio que pidió el profe, había que encontrar el adjetivo inapropiado.

L'ambiente è accogliente / gratuito / caloroso / familiare.
Le camere sono buono / tranquille / pulite / accoglienti.
Le torte sono calde / deliziose / silenziose.
Il parcheggio è comodo / naturale / privato.
L'albergo è moderno / familiare / abbondante.

Zanetti nos pidió que hiciéramos una frase así pero con adjetivos apropiados, nada de hablar mal.

Antes de anotarme en italiano dudé mucho. Una parte mía quería a toda costa estudiar árabe. Me gustaba la idea de arrancar un idioma imposible (de descifrar sin ayuda, y cuya lectura se hace de la derecha a la izquierda). Algo nuevo de verdad, no un romance más con la lengua romance. Al final fui por la relación de siempre. En la primera clase Federico nos dijo de comprar el libro de la cursada. Se llamaba *Domani*, que significa mañana. Cuando vi el título pensé que había elegido bien, que un poco de futuro no me podía hacer mal. Pero el futuro es caprichoso. Había vuelto a esconderse en el pantano del desarraigo. Me agarraba de los pies para que yo me quedara ahí con él, parada inmóvil arriba del tiempo que pasa sin mí, sin poder dar un paso adelante. No hay más país para aquel que se fue diez años, ni adelante, ni atrás. Se construye sobre los restos nomás. La migración es una larga sobremesa. El contexto del Mundial, lo que yo tomaba como un rechazo de Mario por Francia, me hacía sentir más paralizada que nunca. Estaba jugando al juego de la vida sin dados, sin manos, sin pies.

Con la consigna de Zanetti, escribí *il futuro è noioso, piccolo e cieco.* La palabra *noisoso* me la había dado Google cuando le pedí “aburrido”. Todos tuvimos que leer nuestra frase en voz alta. Pasé por una persona deprimida. Los otros habían hecho frases sobre el cielo azul, el perro contento, la pizza fría.

Zanetti me preguntó ¿qué pasa, Amanda, que estás tan bajón? Tenía ganas de decirle que debía ser que la depresión es como una pelota y ahora que no la tenía más él, la tenía yo. Ahí sentadita en la sillita del CUI contesté que en el país del fútbol me estaba pegando mal el Mundial y me puse a llorar. Las clases de lengua son reveladoras. Esta vez me había tocado a mí ser el incidente. Cuando uno llora el tiempo pasa muy lento, lo mío no llegó al minuto pero sentía que ya había pasado el día entero así. Fue suficiente para tener el maquillaje negro de los ojos corrido. No te pongas mal, dijo Zanetti, Argentina va a volver a ganar. Sus palabras fueron una manera elegante de desviar la atención y lo agradecí.

Antonio preguntó si el profe se sentía mal de que Italia no

hubiera clasificado y recordó el odio que tuvieron los italianos con los argentinos en la final del Mundial 90. Zanetti le contestó en su idioma *Ritorneremo e saremo milioni.*

—¡Evita también fue a Italia! —dijo Samanta.

—Claro, Perón era muy amigo de Mussolini además —siguió Antonio.

—*Ma dai, ragazzi,* sé que el peronismo es un tema sensible, no nos metamos.

—Fuiste vos él que sacó el tema, Vittorio —dijo Antonio.

Zanetti abrió el debate, *Evita è culturale, non solo politico.* Dos palabras difíciles y que se escriben casi igual en castellano y en italiano. Intenté cambiar de tema para no enterarme de la postura ideológica de mis compañeros de curso.

—Hablemos de los artistas italianos que fueron cancelados —dije—. ¿Hay alguien más además de Tiziano?

—¿Qué pasó con Tiziano? —preguntó Yanina.

Le contesté que lo habían cancelado en México en los años dos mil por haber dicho que las mexicanas tenían bigotes.

Esta mecha no prendió, nadie era fan de Tiziano. Pero el debate sobre el peronismo se apagó rápido, debe ser porque los italianos tampoco sirven para debatir estas cosas argento-argentinas. No hay origen que sirva, no hay Mussolini que valga, el peronismo se defiende y se discute con la sangre argentina y nada más.

Yo me quedé afuera del debate del peronismo con las palabras pero no en las calles. Si me cruzo con una marcha con bombos, con banderas sostenidas por cañas, con gente cantando en la calle, lloro. No sé si entiendo lo que pasa, lo que dice esa gente, pero mi cuerpo me dice que acá hay algo. No hay que asustarse cuando faltan las palabras. Además de la interlengua, de repetir estas palabras que uno no entiende hasta que las entenderá, existe una lengua interna, donde siempre faltan las palabras. En realidad no es que no están, están en el fondo, como los pozos de agua del desierto. Las palabras escondidas nadan en estos charcos subterráneos, juegan, se pelean, habitan, hablan desesperadamente de ellas mismas y de todo, sus voces retumban en las cavernas de estos túneles infinitos. No hay que asustarse tampoco si una palabra se libera, si aparece en un sueño, en una caminata

apresurada o en una borrachera. La lengua interna es la que decide cuándo salir, es incontrolable, es la única lengua libre.

Me hubiese gustado hacerme amiga de Yanina porque siempre es útil tener una amiga médica, aunque terapia intensiva no sé qué tan útil es. Hay que estar muy mal para llamar a ese tipo de especialistas. Es como tener un amigo abogado especialista en tortura, lo mejor que puede pasar es no tener que llamarlo nunca. Yanina me caía bien desde que había hablado de su *burn out*, me daban ganas de saber cómo había salido de ahí, si alguien le había dado una mano, si se había tomado licencia, si otro colega se había quejado de su jefa. Mientras se apagaba la conversación sobre el peronismo, me acerqué a su asiento.

—¿Fue hace mucho lo de tu *burn out*?

—Fue el año pasado, ahora estoy bien —me contestó Yanina con un tono de hermana mayor que tomó distancia con la adolescencia.

—¿A tu jefa la suspendieron?

Se rio y me dijo que su jefa seguía ahí pero que ella se había tenido que ir. Le pregunté si había sido muy difícil irse.

—Primero tuve que recuperarme bien porque no tenía fuerzas para salir a buscar otro trabajo. Me tomé una licencia primero y después me fui.

Como la seguía mirando sin decir nada, me preguntó:

—¿Estás con algún problema parecido en el trabajo?

—No, no, creo que tengo un *burn out* de mí, nada más.

—*Non voglio interrompere ma questo è un corso de italiano* —nos cortó Zanetti para distribuirnos tres hojas a cada uno.

La primera tenía de título *Gli articoli*, era una página entera de gramática sobre los artículos. Atrás había ejercicios solo sobre ese tema.

La segunda era un ejercicio sobre un texto y había que escribir el verbo faltante en las frases y las preposiciones *a* o *in*.

La tercera hoja era lo mismo que la primera pero con un resumen del presente del indicativo de los verbos *avere*, *essere*, *fare*, *dare*, *andare*, *stare*, *sapere*, *potere*, *dovere*, *volere*, *uscire*, *capire*, *dire*, *venire* y *salire*.

—Todo esto es para preparar el examen de la semana que viene. Les voy a dar una hora para que lo miren, lo estudien y

hagan los ejercicios y después corregimos juntos y vemos si tienen preguntas y hay que repasar algo. *Va tutto bene?*

Zanetti se sentó en su escritorio y abrió un libro en italiano de Marco Mancassola. No lograba leer el título de lejos.

Esta hora de ejercicios concretos me hizo bien. Me sorprendió ver que podía poner de lado un minuto ese dolor que tenía en el pecho y que la gente llama angustia o pedo atravesado para poner la cabeza en acción. El lado bueno de la cabeza, el que resuelve sobre algo concreto, no el que vuela arriba de los problemas como un avión que hace acrobacias antes de aterrizar.

Me hizo bien trabajar con frases que no tienen nada que ver con mi vida: *sono andato a una festa di compleanno; la festa è stata molto divertente perché c'erano tutti i miei amici.* Pero también *Il leone vive in Africa, il papa vive a Roma. La luna è gialla. Ho comprato un libro di fantascienza. Domenica vado al mare.*

Era hermoso también darse cuenta de que podía definir qué artículo usar sin entender el resto de la frase: *Vorrei un francobollo per la lettera da spedire un Perù.*

Así como el italiano, el castellano y el francés debían parecerse, había palabras que se tenían que aprender de cero. *L'incrocio*, que significa el pasaje, o *le passage* en francés, me dejaba totalmente huérfana.

La hora se pasó sin que me diera cuenta y yo no había terminado el último ejercicio. Zanetti nos pidió que empezáramos a corregir, si no, no íbamos a llegar a salir media hora antes. Ahí le pusimos turbo para irnos rápido. Dos frases cada uno, así era más dinámico. Éramos buenos alumnos, le habíamos puesto cabeza a pesar del sueño de ser campeones mundiales. Hasta Alberto, que no había dicho una palabra en casi todo el curso, había respondido con seguridad cada vez que le había tocado y no se había equivocado mucho.

Antonio dijo que había sido útil hacer esos ejercicios y repasar todo juntos.

—Me siento más listo para rendir ahora, *grazie mile*.

Zanetti sacó una foto de cada hoja y mandó al grupo una versión sin respuesta y luego una con las respuestas correctas. Las mandó con este mensaje: *Ragazzi, la prossima settimana c'è*

l'esame scritto e orale. Ci sono questi esercizi da praticare para quelli che non sono potuti essere lì oggi.

Calzones Verdes fue el único en contestar con un *Grazie, Vittorio*.

Zanetti se apuró en juntar sus cosas en su mochila Eastpak negra, se levantó antes que nosotros y lanzó un *Ciao, ragazzi, ci vediamo martedì prossimo*. El piso parecía un trampolín, cada paso que daba lo llevaba más lejos y en un par de segundos alcanzó la puerta y se fue volando. *Raggiungere la porta e ciao*.

Los demás nos fuimos levantando en cámara lenta, guardamos los papeles, la lapicera, miramos el celular, todos haciendo los mismos gestos como una coreografía de robots viejos y cansados. Antonio prefirió tomar el ascensor, los demás bajamos los tres pisos en silencio por la escalera. Alberto saludó con un hilo de voz más agudo de lo habitual. Yanina me dio un beso en la mejilla con un chau, Amanda, que te mejores. No íbamos a ser amigas. Había poca gente en los pasillos y en la entrada del CUI. Parecía que la vida nunca iba a volver a ser lo que era antes y yo no entendía por qué un cambio tan abrupto. Decidí ir a casa caminando como cuando recién había llegado a este país y no tenía amigos. Esta vez no era la avenida Corrientes la que atravesaba, sino la avenida Rivadavia. Una paralela. ¿Hay algo peor que una paralela? ¿Se puede vivir diez años en una avenida paralela, o sea nunca cruzarse con su vida, caminar en paralelo de sí misma? ¡Tenía amigos! ¿Por qué volvía caminando otra vez para matar al tiempo?

Llegué a casa y no había nadie. Tampoco tenía noticias de Mario. El mármol de la mesada de la cocina estaba mojado como siempre pero nadie había pasado por acá. Prendí la tele, puse el canal TV5 que miro cuando estoy sola pero había un documental sobre los castillos de la Vallée de la Loire y no me interesaba. Nunca había pensado en poner la Rai y me atreví y no entendí nada. Había un programa de entrevistas. Pasé a la televisión española, pasaban un documental sobre Raffaella Carrà. ¿Hay algo más maravilloso que el playback de los años noventa? Se la veía a Raffaella cantando y bailando en español, italiano y en inglés sin acentos, sin estrés. En la canción en inglés "California" ella directamente ni intentaba

cantar en el micrófono. Después mostraban una entrevista de ella en la televisión española donde contestaba en un castellano con acento italiano y decía que hablar de su vida privada sin tener puesto un vestido de lentejuelas y cantando era algo que la hacía transpirar un poco. Contaba que en Estados Unidos ella se sentía como un pez fuera del agua. Primero dijo pez y luego dijo pescado fuera del agua. Es algo que hacemos mucho los políglotas, mostramos que conocemos la trampa antes de caer.

Descubrí una canción que no conocía de Raffaella donde canta mamá dame cien pesetas porque a América me voy. Busqué la letra y el video de la canción con la coreografía que hace Raffaella rodeada de niños en shorts azules y remeras blancas. Empecé a repetir los pasos en el living mirando la computadora. Raffaella cantaba:

solo cuando recorra el mundo entero pensaré
si he vivido bastante si me acuerdo del ayer
pero si esa mañana es tan triste como el hoy
no lo dudo un momento otra vez diré me voy
no sé, no sé, no sé si volveré
tal vez, tal vez, un día volveré

Conocía la canción para hacer bien el amor hay que venir al sur, me la había enseñado una amiga con la que compartía departamento al principio de mi vida porteña. Estábamos en la cocina, trajo su compu y me mostró el video para que practicáramos la coreografía. Fue un hit por un par de semanas, iba a fiestas con esa verdad, sentía que Raffaella me daba la razón, que estaba mejor en el sur. No importaba si después volvía sola a mi casa, había salido a bailar, había intentado ser libre.

Abrí la puerta del balcón y apagué las luces para no tener mosquitos. De tanto moverme tenía calor, puse de nuevo ese hit para hacer bien el amor, me acordaba algunos pasos de aquella época de fiestas. Repetí la canción y los pasos de danza un millón de veces hasta no acordarme de mi nombre. Estaba en un ritual, el ritual de la vida buena, de la liberación, de la calza roja apretada y de la fiesta. Iba a ser libre, iba a ser yo. La mañana me encontró tirada en el sillón

con la baba pegada en la mejilla y Mario me miraba en silencio sin decir nada sentado en el sillón de enfrente.

No me sentía muy bien para tener una charla seria y se notaba que él tampoco quería eso. Me dijo que pasaba a buscar algo de ropa antes de ir a trabajar. Se había quedado a dormir en la casa de Simón porque habían visto otro partido y habían empezado a mirar viejos partidos de Argentina en otros mundiales.

—Estamos a full —dijo.

Mario estaba más joven que nunca, sus canas parecían haber desaparecido. Se lo dije y me contestó estás loca, soy igual que siempre. Me explicó que hoy jugaba Alemania y que no sabía qué iba a pasar con él. Le dije mandame mensajes para avisarme. Antes de irse regó sus Santas Ritas. Vi que les decía algo pero no logré escuchar. A una le dio un beso en una hoja.

Mientras le daba, yo, un beso a él para despedirlo, pensaba que Raffaella Carrà era una genia por haber logrado insertarse así en los programas de tele de otros países, con su acento y sus errores.

12.

Todos los días regué las Santas Ritas de Mario. A la noche me mandaba mensajes para decirme quién había jugado ese día, si había sido un buen partido o no. Cuando volvió a jugar Argentina no me escribió. Yo vi el partido de la Scaloneta sola en casa, no me atreví a escribirle a Zanetti ni a nadie. No tenía duda de que hinchaba por Argentina pero prefería estar sola. Festejaba los goles con llantos y con las ventanas abiertas para escuchar bien los gritos de la calle. Salía sola después del partido con la camiseta de la selección, daba una vuelta a la manzana o un par de cuadras más y volvía a casa. A los demás equipos no los vi. Hice fichas para repasar el examen de italiano, verbos, frases completas para saber de memoria. Escuché música italiana todos los días. Mi favorita del momento era "*Tintarella di luna*". Toda la noche sobre un techo tomando tinta de luna, sos como un gato, si hay luna llena te volvés sincero. *Tu diventi candida*.

Lloré en la caja de un supermercado chino cuando los dos hombres delante mío empezaron a cantar "Muchachos". Esto era peor que el peronismo, el Mundial era un río subterráneo de palabras que me sacaban de mi eje.

Me acostumbré a dormir sola de nuevo, miré mucho el noticiero de la televisión francesa que dedicaba muy pocas noticias al fútbol, me quedaba dormida. Llegó el martes, salvo en lo laboral había tenido muy pocos contactos sociales y estaba lista para rendir el escrito y el oral de italiano.

El día del examen supimos quiénes eran los verdaderos desertores del grupo. Nos presentamos Yanina, Calzones Verdes, Antonio, Alberto, Samanta y yo y nadie más. Aprender un idioma es una guerra, hay heridos, hay muertos y hay prisioneros. Zanetti nos distribuyó dos hojas de ejercicios y nos dio una hora para eso. Los ejercicios eran iguales a los que habíamos visto la semana anterior pero con

otras palabras, no eran idénticos. Estábamos bien preparados los que habíamos asistido a la última clase. Logré terminar a tiempo. Zanetti recuperó todas las pruebas y nos dividió en grupos de a dos. Me tocó trabajar con Yanina.

—Estoy un poco nerviosa, nunca me gustaron los orales —dijo.

—A mí me gustan más que los escritos —contesté—, vamos a estar bien.

Yanina agarró un papelito donde estaba escrito:

Gioco di ruolo: dialogo tra un cliente e un hotel.

Era el mismo ejercicio que habíamos hecho en clase. Elegí ser el cliente y Yanina el hotel. Preparé las preguntas y ella las respuestas. El resto era ser un poco *faccia tosta*.

—Buongiorno, avete posto per solo una notte?

—Non capisco bene, vuole una camera matrimoniale?

—No grazie, posso affittare una camera singola?

—Per oggie non abbiamo singole, solo doppie o matrimoniale.

—Qual è il prezzo?

Lo demás fue todo improvisado. Zanetti estaba de buen humor, se lo notaba relajado y con ganas de sonreír. Hizo preguntas. Con Yanina indagó si el hotel tenía un restaurante y hasta qué hora estaba abierto. Ella dijo que estaba cerrado los *lunedì*. Y conmigo quiso avisarme que tenía descuentos con mi tarjeta Visa si elegía una habitación matrimonial. Contesté que tenía solo MasterCard.

Debe haber durado máximo cinco minutos y nos liberó porque habíamos aprobado. Nos quedamos esperando a los dos otros grupos en el pasillo. La última dupla que quedaba para pasar, Antonio y Samanta, querían saber qué preguntas hacía Zanetti pero era imposible trasladar nuestra experiencia al tema que les había tocado a ellos: *comprare un pranzo in un ristorante*.

Al final aprobamos todos y nos fuimos a tomar una cerveza a un barcito viejo de Once cerca del CUI, lleno de potus y de servilleteros Quilmes. Estaba vacío a no ser por una señora de unos sesenta años con pelo amarillo teñido y lápiz de labio rojo, tomando un café y un tostado.

Zanetti no había querido sumarse pero lo vimos pasar caminando delante del bar sin que él se diera cuenta. Todavía no sabíamos si habíamos aprobado el escrito pero

festejábamos igual con un brindis que incluyó también un canto del Mundial. No esperaba que la bala saliera de Alberto, pero fue él quien me preguntó si hinchaba por Argentina o por Francia.

—Por Argentina, claro.

—¿Por qué tan claro? —preguntó Antonio—. También podrías hinchar por Francia, está todo bien. Los argentinos somos muy nacionalistas y pensamos que todos los demás lo son también. Para nosotros sería más normal que hinches por Francia.

Calzones Verdes aclaró que no me creía cuando le decía que hinchaba por Argentina, que Francia era un buen equipo, que eran los que habían ganado el Mundial anterior. No podía entender que no mostrara mi orgullo por eso.

Samanta agregó que para un argentino hinchar por otro país sería como una traición a la patria, algo totalmente imposible.

La sinceridad es una planta en el balcón, hay que encontrar el punto justo de agua y de luz para que no se muera. Mi planta de la sinceridad del Mundial estaba bien, otras plantas ya no.

La conversación no nos llevó muy lejos, terminamos rápido nuestros vasos de cerveza y como no había nada que nos uniera de verdad, nos despedimos como si fuéramos amigos aunque sabíamos que no nos íbamos a volver a ver.

Calzones Verdes caminó conmigo hasta el subte. Hablamos de las plantas que no tenía porque viajaba mucho por trabajo, de su novia argentina que vivía en Alemania y no quería volver a Buenos Aires. Me contó además que tenía cucarachas en su departamento y que veía el Mundial con sus colegas de trabajo y la pasaba re bien.

Yo no me subí al subte con él, dije que quería caminar un poco.

—Te acompañaría pero estoy molido y mañana tengo que arrancar muy temprano.

—No pasa nada, querido, voy a estar bien caminando sola.

A la noche le mandé un mail a Zanetti, le pregunté con quién estaba viendo el Mundial y si hinchaba por Argentina a pesar de Italia 90.

Me contestó inmediatamente con una foto de él con la

camiseta de la selección. “Sería muy estúpido de mi parte no hinchar por el país que me está dando todo”.

13.

Todos los días regué religiosamente las Santas Ritas de Mario. Siempre me quedó la duda de si lo necesitaban realmente, eran plantas fuertes que crecían en los patios de las casas sin pedir permiso, sin cuidados especiales, a veces parecían avasallantes. No sé mucho de plantas, nunca quise averiguar demasiado. Hay algo de las raíces, de la tierra, del símbolo de todo esto que siempre me mantuvo alejada. Nunca supe por qué Mario tenía tanto amor por esta planta, si era porque son trepadoras y no piden permiso para instalarse en casa. A mí lo que me empezaba a gustar eran sus espinas y su aire relajado bajo el sol. Hacía dos semanas que Mario estaba instalado en lo de Simón cuando nos enteramos de que la final iba a ser Francia contra Argentina. Toda la vida había soñado con una final así pero ahora me parecía una tragedia y no era por lo que pasaba adentro mío, porque ya hacía rato que no me importaba, era por lo que pasaba afuera. Nunca me pareció un plan ser francesa en Argentina, nunca me gustó que me pusieran del lado de los *macarons*, de la *tapisserie*, del queso azul (que ni siquiera me gusta), del colonialismo o del perfume. Y ahora no me gustaba estar del lado de los enemigos. El otro es un espejo horrible.

No quería que gane Francia porque iba a pasarla mal, Mario no iba a volver nunca a casa, iba a ser cancelada y socialmente iba a tener que vivir en la clandestinidad. No me iban a invitar más a cumpleaños, a fiestas, a nada. Todos los esfuerzos de integración para fundirme en la masa celeste y blanca iban a volar por el cielo como un avión que estalla arriba del Atlántico. En el trabajo iba a tener que pedir disculpas y además ya lo venía haciendo. Eran tantas las críticas que escuchaba cotidianamente sobre el colonialismo francés que ya había pedido perdón por ocupar África e Indochina, por el genocidio en Ruanda, por no haber

impedido la guerra en Yugoslavia ni intervenido en Iraq, por haber vendido armas a Libia, por la OTAN, *Amélie*, la doctrina nacional, la gente que no se baña. Lástima que yo no era nadie y mi perdón no valía mucho. La gente de mi trabajo nunca me pedía explicaciones sobre las cosas buenas de Francia, sobre Prévert, Perec, Molière, la *raclette*, el rap, *les papillottes*, la radio pública, Gainsbourg, las cosas que me gustan y sobre las que nunca nadie indaga. Estaba viviendo hacía diez años en Argentina y no había colonizado absolutamente nada.

No vi venir este final. Tampoco vi pasar estos años en Buenos Aires. Si hubiese hecho un balance podría decir que no había logrado nunca ser considerada como binacional, siempre había sido un *macaron* antes que un choripán. Entonces cuando la gente me empezó a preguntar por quién iba a hinchar en la final, sé que querían que les dijera que iba a hinchar por Francia, era lo más lógico para una francesa, sé que querían pelear. Pero yo siempre contesté Argentina-sin-dudar. Y lo volví a repetir, siempre hinché por Argentina.

—Me autopercibo hincha de Argentina aunque no haya nacido acá, aunque no sepa hablar bien el idioma, aunque no sea de Bangladesh.

Una respuesta larga a una pregunta confusa. ¿Qué significaba hinchar por Argentina? A mi sobrina francesa a los ocho años, en el Mundial 98, le habían preguntado por quién hinchaba y ella contestó: por el que gana.

Yo también quería estar del lado de los ganadores.

La ausencia de Mario se hizo más pesada cuando dejó de escribirme, o sea cuando nos acercamos a la semifinal. Aproveché el mail de Zanetti para avisar que había aprobado el examen escrito y pasado al nivel dos para ofrecerle dar marcha atrás en mi decisión de no traducir las cartas del amante de su abuela, le ofrecí juntarnos para charlarlo. Me dijo que volviéramos a hablarlo después del Mundial, que copa del mundo y diciembre eran un combo imposible y no era un momento para tomar decisiones.

Sé que había todo un mundo alrededor de mi casa lleno de fiestas, de juntadas entre amigos, de familia, de orgasmos para mandar energía a la Scaloneta, pero quedé afuera de esa ebullición. Hasta mis amigos franceses que no seguían el

Mundial porque habían muerto demasiados obreros fabricando un estadio abierto con aire acondicionado y por el régimen discriminatorio qatarí habían empezado a mirar los partidos. Tenía un solo amigo que no seguía el tema, y de casualidad era argentino y vivía en Francia. Le pregunté cómo hacía para sobrevivir, me dijo que la tenía fácil, que ante cualquier comentario él avisaba a la gente que no le interesaba el fútbol y con eso pasaban a otro tema. Él hacía el chiste de que era un exiliado argentino que se había ido por eso de ese país, porque acá no había lugar para los que no les gusta el fútbol. También tenía un amigo francés que se pasaba todos los partidos tomando Quilmes y comiendo empanadas con argentinos que vivían en Francia.

El día que Francia ganó la semi y quedó para la final, le escribí a Zanetti para preguntarle si quería ir a tomar algo al Celta Bar. Ya no aguantaba más estar sola en casa. No me contestó nunca y fui directo a su casa. La idea no era invadirlo, ni espiarlo. Sabía que vivía justo enfrente del bar, mi idea era solo forzar un poco el destino. Tenía la esperanza de que justo saliera a mirar afuera y me viera abajo de su casa tomando cerveza sola en el bar que da a su ventana. Una especie de Romeo y Julieta pero en una ventana del primer piso sin balcón. No había ninguna emulsión especial en la calle ni en el bar. La ventana de Zanetti estaba cerrada. Tomé una cerveza sola en el Celta para darme coraje y darle tiempo al destino. A las ocho de la noche no había ninguna noticia. Decidí acercarme al edificio. Justo entró una señora grande con un carrito lleno de verduras, ofrecí tenerle la puerta para que pudiera pasar más fácilmente y como tengo una cara de niña buena aceptó. Después le hice creer que cerraba la puerta pero dejé mi pie apoyado para evitar el clic. Conté hasta ciento ochenta. No pasó nadie más, abrí la puerta y subí. No había ascensores, fui directo por la escalera. No sé por qué no toqué el timbre abajo como una persona normal. Eso pensaba mientras golpeaba la puerta del departamento de Zanetti. También pensaba que lo estaba molestando porque escuché una voz de hombre cantando una canción en italiano que no conocía. La voz era muy fuerte y no escuchó mis golpecitos sobre la puerta. No había timbre arriba, era un edificio viejo con una puerta de madera color bordó oscuro.

Golpeé más fuerte. Se hizo un silencio. En mi casa cuando me golpean la puerta o el timbre y no estoy esperando a nadie, no contesto y sigo en silencio como si no hubiese nadie en casa. Zanetti abrió con una cara totalmente sorprendida, un jogging negro y una remera celeste igual que la que tiene Mario de Zara, que le regalé yo.

—Amanda, ¿qué pasó? ¿Cómo llegaste hasta acá?

Mentí, le dije que había tocado el timbre abajo pero no obtenía respuesta.

—Me parece que no anda el portero eléctrico.

—No escuché nada, estaba concentrado en otra cosa además. ¿Cómo sabías donde vivo?

Le dije que él mismo me lo había contado cuando nos habíamos encontrado en el Celta Bar para hablar de las cartas.

—Ah, bueno, me quedo más tranquilo.

Le pedí si podía pasar, que había tomado mucha cerveza y necesitaba ir al baño. Esto no era una mentira, era un impulso.

Zanetti me dejó entrar y me indicó el baño. Lo vi más shockeado que feliz por mi irrupción en su vida privada. El baño era muy chico, me pregunté cómo hacía Zanetti para entrar ahí realmente. No había toalla para secarse las manos, me la sequé en el short que tenía puesto. Salí en silencio del baño y lo vi en la cocina cuidando algo en el fuego, me acerqué.

—Estabas cantando, escuché a alguien cantar y tuve que golpear más fuerte la puerta para que me escucharas.

—Sí, me encanta cantar. Disfruto mucho hacerlo mientras cocino, además.

—¿Era una canción italiana, no?

—Sí, claro. “Sono come tu mi vuoi”, de Mina.

—No la conozco pero me pareció hermosa.

Zanetti dijo que era fan de Mina.

—Sos muy buen cantante.

—Gracias, tomaba clases de canto en mi pueblo, en un momento pensé en dedicarme a eso.

—De verdad me gustó mucho escucharte cantar.

Zanetti me miró serio. Estaba sin anteojos y sus ojos eran dos armas largas a punto de disparar.

—No te podés quedar, Amanda, estoy esperando a alguien.

Retrocedí diez casilleros, dije que mi intención no era quedarme, simplemente hablar del tema de las cartas, que me arrepentía de haber rechazado la oportunidad.

—No pasa nada, no tengo ninguna urgencia con eso te dije. Lo hablamos cuando estemos más tranquilos todos.

Me quedé inmóvil, parada delante de la puerta de la cocina sin poder accionar.

—Por favor, Amanda, necesito terminar de cocinar, hablamos más adelante.

Le pregunté qué estaba cocinando. Me contestó pastas, y agregó que en cualquier momento llegaba Federico y no quería que me viera acá.

—No empieces a imaginar cosas, entre Federico y yo no pasa nada, no es ese tipo de vínculo. No quiero que me vea con una alumna en mi casa porque no quiero que él imagine cosas. No quiero problemas en el trabajo, ¿entendés?

No me quedó otra que entender. La peleé un poco, le dije que éramos adultos y que ya no era más su alumna pero me pareció desubicado mi comentario. Me fui corriendo, pidiendo perdón porque es algo que sé hacer y dentro de todo es algo bueno, no todo el mundo sabe pedir perdón.

Salí rápido y seguí caminando con ese ritmo pero sin saber bien a dónde ir. Agarré Callao todo derecho hasta que llegué a Libertador. Era una zona que no conocía bien, me daba la sensación de ser turista. Dicen que es una parte muy francesa de la ciudad pero no me daba cuenta de nada. Pensaba en que tenía que volver a casa para regar las Santas Ritas de Mario pero en el fondo no quería. No podía darle nada a ese amor un día como ese, ni siquiera agua. Seguí caminando por Libertador como yendo a la zona del Bellas Artes pero no podía dejar de pensar en las plantas. Mario me había contado la historia de Santa Rita, una religiosa italiana que antes de ser monja había sido casada a los catorce años con un hombre que la trataba mal. Con él había tenido mellizos. Por suerte para ella su marido se había muerto joven y luego sus dos hijos, y ella, que siempre había querido ser devota, pudo hacerse monja a pesar de no ser más virgen. Según Mario era la patrona de las causas imposibles, de las pérdidas y de los problemas de pareja. En Boulogne, bastante cerca, a quince

kilómetros, existía una parroquia de Santa Rita, una iglesia vieja y muy linda desde el punto de vista de la arquitectura. Me acordé de ese mito y decidí buscar la iglesia. Estaba muy cerca de la parada del 130 que me podía dejar a tres cuadras, según Google Maps. No tenía nada que hacer, me subí al bondi. Una hora después estaba en Boulogne, un suburbio de la capital que no había pisado nunca, frente a la Iglesia Santa Rita, y era verdad que era linda. Era tarde pero estaba abierta por una fiesta especial de fin de año. Entré. Un religioso estaba dando un discurso en una sala llena. No entendía nada, el ruido de la autopista y mi ruido interior tapaban las palabras del sacerdote, o estaba hablando en otro idioma, me era imposible entender. Lo que sí noté fue que al cura, cada vez que tenía que dar vuelta la página del libro que estaba leyendo, lo ayudaba una mujer. Me pareció que él tenía un brazo paralítico.

Avancé en silencio sobre el lado derecho de la sala, si seguía mucho tiempo más ahí sentía que yo también me iba a quedar paralítica de un brazo, del otro, de las piernas, de todo. Por casualidad, antes de quedarme completamente inmóvil, encontré un patio. No era muy grande, pero tenía aire y una parra. Abajo de la parra había una señora arrodillada. Creo que rezaba ahí, sola. Y en un costado, bastante visible, pero al mismo tiempo como escondida, estaba la Santa, parada sobre una piedra. Me esperaba con su herida en la frente. Como no tengo educación religiosa, no sabía las fórmulas habituales de saludo, los gestos tampoco. Me acerqué y empecé con la telepatía.

—Quiero que Argentina gane el Mundial —le dije.

Ella se quedó en silencio. No solo no decía nada sino que tampoco respiraba. Me dio miedo de que después de escuchar mis palabras estuviera enojada, avergonzada de mí. Quizá podía toser, estornudar. Indicarme de alguna manera que dijera otra cosa, algo un poco más normal. Pero entonces me contestó que a ella también le parecía que lo mejor para mí y para todos era que Argentina ganara el Mundial.

Al principio no entendí si se reía de mí o si de verdad estábamos en la misma frecuencia de preocupaciones. Me incliné por lo segundo y un poco por fiaca y otro poco por oportunismo le pregunté si me tenía que quedar en este país o

volver. No dio muchas vueltas.

—Si te vas o te quedás, a nadie le importa, solo a vos —dijo.

En el fondo se escuchaba un coro con voces infantiles. Cómo me hubiese gustado saber cantar, pensaba con la mente en blanco después del intercambio con la Santa. El coro infantil empezó a cantar, “Si te vas o te quedás, a nadie le importa, solo a vos, a nadie le importa, a nadie le importa nada, solo a vos, solo a vos, sooooolo a voooos”. Me pareció que no tenía que seguir preguntando nada. Cuando una santa tira la posta, hay que aceptarlo y no seguir molestando. La expresión “tirar la posta” en castellano viene del italiano, en Italia la posta es lo que trae el cartero.

La Santa me sonrió tímidamente, había logrado su cometido conmigo. Supuse que le tenía que agradecer pero no había llevado ninguna ofrenda. En el fondo del patio había una maceta de piedras redonda de un metro de diámetro aproximadamente, llena de rosas. Fui hasta ahí y saqué dos rosas rojas. Una se la dejé a la Santa directamente a sus pies, la miré a los ojos y balbuceé un gracias por todo, Rita, de verdad muchas gracias.

La otra rosa la puse en la mochila, por las dudas.

Retrocedí hasta la salida de la iglesia por donde había venido pero no vi ningún coro. Seguía la lectura del religioso medio paralítico y no había rastro de ningún momento musical. Tenía la necesidad de mirar los dientes de las personas que me cruzaba, mi mirada se quedaba ahí y nunca alcanzaba los ojos. Afuera era de noche, una noche de verano como la canción de Los Espíritus. Mario era muy fan de ese tema y fue lo primero que me vino a la mente mientras caminaba hasta la parada del 130 para volver. Las calles del conurbano de Boulogne eran más oscuras y más ruidosas que las de Capital. Pasé adelante de una casa con un perro tan negro que no se veía en la oscuridad y me hizo saltar hasta el cielo del susto que me pegué con sus ladridos. Era casi la medianoche cuando pasó el bondi. El chofer me miró un poco sorprendido cuando subí, pensé que no tendría la costumbre de ver a una joven que recién acaba de tener una conversación con una Santa. No me daba cuenta de que estaba esperando el colectivo en una zona un poco turbia

para estar sola. Tampoco me daba cuenta de que podría haber tomado el 15 que me dejaba a unas cuadras de mi casa. Tuve que dar una vuelta más. Me bajé en el Jardín Japonés y caminé hasta la parada del 128, que me dejaba en Almagro. Llegué a mi casa a las tres de la mañana. No había cenado pero estaba tan cansada que no tenía la fuerza ni de abrir la boca para comer una galletita. Sentí algo que me picaba la espalda en el ascensor, era la rosa que había traído en la mochila desde la parroquia. La llevé al balcón y la presenté a las Santas Ritas.

—Chicas, acá les traigo una nueva amiga, viene de un lugar hermoso con muchas rosas pero ahora está sola, la tienen que tratar bien.

Planté la rosa en la maceta de una de las plantas de Mario, regué a todas con un vaso de agua y me fui a acostar.

Me desperté a las diez de la mañana, no había escuchado el despertador. Hice un esfuerzo realmente para acelerar mi salida de la cama, la ducha, vestirme, pero veía difícil lograr ir a trabajar. Me dolía todo el cuerpo, como si hubiese hecho una mutación a otra especie. Pasé por el living para ir a la cocina a hacer un café sin prestar demasiada atención a nada, salvo por la luz. Sentía que era un día nublado, oscuro, no había mucha luz en el departamento. Con la taza de café en la mano me di cuenta de lo que había sucedido. Del balcón salía una nueva ciudad, por no decir un nuevo mundo. Habían crecido tanto las Santas Ritas de Mario que habían formado una especie de planta gigante que subía hasta el cielo. Las espinas eran grandes pero formaban escalones que permitían subir hasta las hojas. En cada hoja había un nuevo paisaje, a veces un desierto, a veces una montaña, a veces una ciudad con edificios altos como los rascacielos de Nueva York. Pensé que estaba alucinando. Me mordí la lengua y me dolió, estaba despierta.

Monica Zwaig (1981) nació y se crio en Francia. A los 26 años viajó a Argentina, donde vive desde entonces. Publicó la novela *Una familia bajo la nieve* (Blatt & Ríos, 2021). Es creadora, con Félix Bruzzone y Juan Schnitman, de la obra *Cuarto Intermedio* (2018). Además es abogada, dramaturga, actriz y traductora.

Zwaig, Monica
La interlengua. - 1a ed. - Buenos Aires : Blatt & Ríos, 2023.
Libro digital, EPUB

ISBN 978-987-8473-85-7

1. Novela. 2. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A863

1ª edición: julio de 2023
1ª edición digital: julio de 2023

Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | www.jij.com.ar

Producción de eBook: Numerikes

blatt-rios.com.ar

ISBN: 978-987-8473-85-7

blatt & ríos